

# PEQUEÑA HISTORIA DE LOS PECADOS VATICANOS CONTADA POR QUIENES LOS PADECIERON

Juan Manuel de Castells

## 1 INTRODUCCIÓN

El catolicismo admite hoy día que en su pasado existen hechos condenables de persecución y violencia contra quienes no compartían sus creencias e incluso el papa Juan Pablo II solicitó el perdón para los mismos.

La mayoría de los creyentes atribuyen estos hechos a un pasado lejano en que la llamada Inquisición se dedicó a quemar vivos a seres humanos condenados por herejes. Sin embargo, los creyentes tienden a pensar que se trata de hechos fortuitos, fruto de las circunstancias históricas y en cualquier de escasa relevancia actual, puesto que ya la Iglesia se arrepintió y solicitó el perdón para los mismos.

El presente escrito trata de demostrar que esta visión no es correcta. Actos cometidos por la Iglesia contra el progreso, la salud y el bienestar de la humanidad no solo se produjeron en la edad media, sino que han seguido produciéndose hasta hoy día. Por otro lado estos actos no obedecen a circunstancias históricas fortuitas, sino que se desprenden de la misma naturaleza de la Iglesia y de sus pecados capitales:

- el **racismo** que originó la persecución contra los judíos y la muy importante contribución de la Iglesia de Pío XII al Holocausto.
- El **machismo** que motivó la persecución contra las mujeres acusadas de complicidad con el diablo y calificadas como brujas.
- La **soberbia y la intolerancia** que suelen ir de la mano y que generaron la persecución contra quienes piensan distinto, calificados al efecto como herejes.
- La **ignorancia** que motiva a la Iglesia desde su origen a oponerse al progreso científico e intelectual de la humanidad.

Desgraciadamente, mientras las raíces doctrinales de estos pecados capitales no sean extirpadas, los actos mencionados seguirán produciéndose. El objetivo del trabajo que se presenta a continuación es por tanto el de revelar las razones de las persecuciones de la Iglesia que ilustran de mejor manera los pecados capitales mencionados. Nadie puede relatar mejor los crímenes de la Iglesia que quienes los sufrieron. Por eso van a ser los mismos judíos, las supuestas brujas, los herejes y los librepensadores quienes tienen la palabra. Oigamos pues lo que tienen que contarnos.

## 2 EL PECADO DE RACISMO CONTADO POR LOS JUDÍOS

Los galileos, a quienes comúnmente se denomina cristianos, se apropiaron de

nuestros libros, de nuestras creencias y de nuestra historia. De ser el pueblo elegido de dios, pasamos a ser un pueblo asesino, deicida y maldito, mientras que ellos se convertían en el nuevo pueblo elegido. ¿Cómo pudo ocurrir tal cosa? Simplemente inventaron para ello que nuestro Dios se había hecho hombre en la época de Tiberio y que nosotros lo habíamos crucificado, pidiendo además que su sangre cayera sobre nosotros y sobre los hijos de nuestros hijos, pese a que el prefecto romano tratara inútilmente de evitarlo. Crearon así una religión fácilmente predicable a los romanos (ellos aparecían como los buenos y nosotros como los malos), que animaba a sus seguidores a perseguirnos y exterminarnos.

Nada más iniciarse el cristianismo, declaró el apóstol San Pablo que los judíos “mataron al Señor Jesús y a los profetas, y a nosotros nos expulsaron. No agradan a Dios y son hostiles a todos, pues procuran impedir que prediquemos a los gentiles para que sean salvos. Así, todo lo que hacen llega al colmo de su pecado. Pero el castigo de Dios vendrá sobre ellos con toda severidad” (Tes 2:15). Pablo tuvo razón, el castigo de Dios no tardaría en venir sobre nosotros y ciertamente con toda severidad.

Poco después, el padre apostólico Bernabé precisó con claridad la razón de la venida al mundo de Dios y la naturaleza del castigo anunciado por Pablo, al afirmar que “Cristo vino al mundo para que fuera colmada la medida de los pecados de quienes había perseguido a sus profetas hasta la muerte”, por lo que Jerusalén e Israel estaban “condenados a desaparecer”. ¡El Dios de nuestros ancestros, nuestro creador a quién siempre nos esforzamos en amar y obedecer, la verdadera identidad y razón de ser de nuestro pueblo, se convertía así en nuestro exterminador, llegando a hacerse hombre para poder castigarnos con mayor severidad!.

Los padres apostólicos y apologistas se regocijaron con la destrucción de nuestro templo y de nuestro país y del exterminio al que nos sometieron los romanos, celebrando nuestro infortunio como un castigo del cielo. Como dijo San Justino, “lo que os ha sucedido bien empleado os está”. Más todavía, la destrucción de Jerusalén y de Israel no era suficiente castigo; no bastaba una generación para purgar nuestro supuesto deicidio. Por eso clamaba contra nosotros Melitón de Sardes al final del siglo II de la era cristiana:

- ¡Mataste a nuestro señor
- en medio de Jerusalén!
- Oídllo todas las generaciones
- Y vedlo:
- Se ha cometido un crimen inaudito

De igual forma el obispo romano Hipólito pidió a principios del siglo III que “la servidumbre de los judíos dure, no setenta años como el cautiverio de Babilonia, no cuatrocientos años como en Egipto, sino por toda la eternidad” (Hipólito, “Contra los judíos”).

La sangre de Jesús, según escribía Orígenes, no debía caer solo sobre los judíos de aquel tiempo, sino sobre todas las generaciones hasta el final de los

tiempos.

Las siguientes generaciones escucharon el llamado de Melitón, de Hipólito y de Orígenes y procedieron a perseguirnos cada vez con mayor saña. Tertuliano de Cartago nos negó incluso toda posibilidad de arrepentimiento o perdón, al declarar que “aunque Israel se lavase todos los miembros a diario, jamás llegaría a purificarse”.

Si todo esto lo afirmaban los cristianos antes de llegar al poder, es fácil imaginar como llevaron a la práctica sus propósitos de persecución en cuanto lo obtuvieron en el siglo IV.

Ya en el año 315, Constantino calificó la conversión al judaísmo como crimen capital, castigado con la hoguera (para el convertido y para toda la comunidad judía que lo acogiese) y nos prohibió visitar Jerusalén, excepto un día al año, así como la posesión de esclavos. Luego sus hijos, los emperadores Constancio, Constantino II y Constante nos convirtieron en ciudadanos de segunda clase, privados de derechos civiles y comerciales en todo el imperio: decretaron la confiscación de bienes a los cristianos que judaizaran, la pena de muerte para los judíos que se casaran con cristianas, la limitación de la capacidad para testar, la expulsión de numerosas profesiones, de los cargos palatinos, de la abogacía y del ejército.

A fines de este siglo IV, con Teodosio I, se iniciaron las quemas de nuestras sinagogas (con sus libros y en ocasiones con algunos de nosotros dentro de ellas) o su conversión en iglesias cristianas, práctica que se generalizó en el siglo siguiente. ¡Cómo sufrimos al ver nuestra sinagoga de Edesa convertirse en el templo de San Sebastián, la de Alejandría en la iglesia de San Jorge, la de Constantinopla en la iglesia de Santa María o la de Dafne en la iglesia de San Leoncio!.

Ambrosio, obispo de Milán, suministró la argumentación clave para justificar la quema de sinagogas. En el año 388, cuando una turba cristiana, instigada por el obispo local, quemó la sinagoga de Calínico al borde del Eufrates, Ambrosio disuadió (bajo amenaza de excomuniación) al emperador Teodosio I de tomar medidas contra los atacantes, alegando que “el mantenimiento de la ley civil es algo secundario comparado con el interés religioso”.

En el año 418, el emperador Honorio, por instigación de la Iglesia, nos excluyó de todas las dignidades y cargos y por primera vez ordenó, en algunas partes del Imperio, nuestra conversión forzosa al cristianismo.

El imperio bizantino, a través de toda su historia, hasta su conquista por el Islam en el siglo XV, fue particularmente cruel con su población judía, a la que logró exterminar en los territorios que ocuparon nuestros antepasados.

El emperador Justiniano decretó en el año 529 que las sinagogas de Samaria fueran arrasadas y que se castigase severamente a quienes osaran reconstruirlas. Además obligó a los samaritanos a testar únicamente a favor de cristianos. Cuando los samaritanos se rebelaron a causa de estas medidas,

procedió tranquilamente a exterminarlos. 20.000 samaritanos murieron, otros 20.000 niños y niñas fueron vendidos como esclavos y el resto de la población (unos 50.000) huyó hacia Persia.

Este muy afamado emperador cristiano promulgó nuevas leyes antijudías en el año 553, en las que llegaba al puntilloso extremo de permitirnos leer únicamente en la Biblia aquellos pasajes con supuestas alusiones a Cristo, prohibiéndonos en cambio leer nuestra propia interpretación consignada en la Mishná.

Los judíos de Galilea, donde sobrevivían pequeñas comunidades, habían sido ya exterminados anteriormente, a principios del siglo V, cuando bandas de monjes sirios, organizaron varios pogromos, quemando sinagogas y aldeas completas.

La última masacre de judíos en Palestina, perpetrada por las tropas de Bizancio, tuvo lugar en el año 629, cuando el emperador Heraclio recuperó la ciudad, que había sido tomada por los persas quince años antes. Se acusó a los judíos de la ciudad de haber ayudado al invasor persa y se procedió a exterminarlos.

Gracias a Dios, los bizantinos fueron derrotados en la batalla de Yarmuk el año 636 y en los cuatro años siguientes los musulmanes ocuparon Palestina y la mayor parte de Siria, extendiéndose después por Persia, Egipto, norte de África y España. Con algunas excepciones, el cambio de opresor en los antiguos territorios bizantinos fue para nosotros muy favorable y nos permitió llevar la cultura judía a su apogeo algunos siglos después, en la península ibérica, en el califato omeya de Córdoba.

En el mundo musulmán nunca se nos odió o se nos discriminó como en el mundo cristiano. Los musulmanes podían reprocharnos no reconocer a su profeta pero no el haber crucificado a su Dios. Los judíos sometidos al Islam podíamos practicar nuestra religión, aunque debíamos pagar impuestos especiales, superiores a los que pagaban los creyentes del Islam.

Mientras en oriente iniciábamos una nueva era bajo el Islam, en el occidente cristiano se extinguía el imperio romano y se iniciaba una era de poder sin límite de la Iglesia, caracterizada por un retroceso jamás visto en lo económico, en la cultura, en la demografía y en la moral, conocida como la edad media, que duraría diez siglos.

El cristianismo de la edad media fue moldeado sustancialmente por la teología de San Agustín. Sus visiones de una humanidad condenada en su inmensa mayoría al tormento eterno por el pecado de Adán y Eva, transmitido eternamente a través del acto necesario para la propagación de la especie, y del muy escaso número de elegidos predestinados a salvarse de tan macabro destino por la gracia de Dios, creó un tipo de cristiano lleno de temor, de sentimientos de culpa, de rechazo de la concupiscencia incluso en el matrimonio, de odio a los herejes, capaces de manchar su alma, y propenso a todo tipo de supersticiones. Varios siglos después, un psicoanalista austriaco

revelaría al mundo los terribles efectos sobre la psiqué humana de la interiorización permanente de todos estos terrores frente al amor, frente a la risa y en general frente a los goces terrenales.

La actitud de los cristianos de la edad media frente a los judíos, fue moldeada también por San Agustín. El enorme poder que la Iglesia detentó durante la edad media le hubiera permitido erradicar totalmente al pueblo judío y desde luego no faltaron defensores de esta idea, ya pregonada en ocho famosos sermones por San Juan Crisóstomo.

Sin embargo, para San Agustín los judíos debíamos sobrevivir, por cuanto nuestro fracaso y nuestra humillación aportaban el testimonio permanente del triunfo de la Iglesia sobre la sinagoga. Sobrevivir pero no prosperar, sobrevivir pero en una situación de postración y sufrimiento eterno, como asesinos del Dios encarnado.

La tesis de San Agustín triunfó y sobrevivimos. De ocho millones de judíos en la época de Jesús pasamos a ser menos de millón y medio en el siglo X de vuestra era. Eso os da una idea de cuan penosa se nos hizo nuestra supervivencia.

Excluidos de los cargos burocráticos, de los trabajos agrícolas (que exigían en aquella época la posesión de esclavos, que nos estaba vetada) y de varios oficios artesanales, debimos recurrir al comercio y a la Banca para ganar nuestro sustento. El espíritu trabajador de nuestro pueblo y el hecho de estar dispersos por todos los países favoreció nuestro éxito en estas actividades, pues nuestros comerciantes y banqueros podían recurrir a redes de familiares y compatriotas que les permitían transferir mercancías y dinero de un sitio a otro con mayor facilidad que cualquier otro pueblo. Nos convertimos así en prestamistas de los reyes y de los nobles y en proveedores de los productos que todo el pueblo requería. Desgraciadamente el afán de arrebatar nos nuestras riquezas, conseguidas de esta forma, originó muchas persecuciones en los siglos posteriores.

En los primeros siglos de la edad media sólo fuimos sistemáticamente perseguidos en la España visigoda. Varios concilios eclesiásticos celebrados en Toledo ordenaron la conversión obligatoria de los judíos y prohibieron la circuncisión, la observancia del sabbat y en general de todos nuestros ritos religiosos. Siguieron persecuciones y torturas sin fin que resultaron en numerosas conversiones forzadas de nuevos cristianos, que en realidad seguían practicando en secreto la religión judía. Apareció así la figura del marrano, judío solo exteriormente cristianizado, que tantos odios y sufrimientos generaría en los siglos posteriores.

En la Europa Carolingia recibimos en general un trato favorable y se nos permitió construir sinagogas, practicar nuestra religión y prosperar.

El odio hacia nuestro pueblo se reavivó nuevamente, sin embargo, al llegar la época de las cruzadas. Aunque las cruzadas estaban dirigidas hacia la reconquista de Jerusalén y de los lugares sagrados del cristianismo, ocupados

por el Islam, en realidad sirvieron como un poderoso catalizador de los odios religiosos hacia todos los pueblos ajenos al cristianismo.

Se volvió común que los cristianos en su camino hacia Palestina agredieran y saquearan a los judíos de las ciudades por las que pasaban. Los pogromos se iniciaron en Ruán, Francia, en el año 1096, y rápidamente se extendieron por todas las ciudades renanas. En la sola Maguncia, donde las mujeres optaron por suicidarse en masa, fueron exterminados 6.000 judíos y 2.000 en Estrasburgo. Lo mismo ocurrió en Inglaterra y en toda la cristiandad. El 6 de febrero del año 1190 fueron masacrados todos los judíos de Norwich y poco antes lo habían sido los de York.

Las persecuciones contra nuestro pueblo durarían sin interrupción hasta fines del siglo XVI. Como fundamento se alegaba que los judíos teníamos como costumbre practicar crímenes terribles tales como asesinatos de niños de corta edad, envenenar el agua de las cisternas de las ciudades, robar hostias benditas o ser responsables de la peste negra que asoló Europa en el siglo XIV, lo cual desde luego fue debidamente reconocido bajo tortura por varios judíos en 1348 en el castillo Chinón a orillas del lago Lemán.

Poco a poco el odio popular fue canalizado por la Iglesia principalmente a través de los dominicos y los franciscanos. Las predicaciones de los franciscanos Juan de Capistrano y de su discípulo Bernardino de Feltre o la del dominico San Vicente Ferrer solían terminar en pogromos en donde eran sacrificados numerosos judíos y confiscados sus bienes. La antigua doctrina de la seudotolerancia agustiniana fue reemplazada por un nuevo propósito: los judíos debían ser convertidos o expulsados, por cuanto su existencia constituía una inagotable fuente de desgracia en los reinos cristianos.

Llegó así la época de las expulsiones para todos los judíos que no aceptaran la conversión inmediata al cristianismo.

El siglo XV conoció una serie interminable de expulsiones de judíos en cadena, por cuanto cuando una ciudad o reino procedía a expulsarlos, llegaban a otra ciudad que ya tenía más judíos de los que deseaba, por lo que procedía a expulsarlos a su vez. Los judíos fueron así expulsados de Viena en 1421, de Colonia en 1424, de Augsburgo en 1439, de Baviera en 1442, de Moravia en 1454, de Perusa en 1485, de Vicenza en 1486, de Parma en 1488, de Milán en 1489, de Florencia y Toscana en 1494.

La expulsión más importante, por la cantidad de judíos que afectó, fue la de la muy católica España. El 31 de marzo de 1492 los Reyes Católicos firmaron el Edicto de Expulsión. De 200.000 judíos que habitaban en este país, 100.000 escaparon a Portugal de donde fueron expulsados cuatro años después y unos 50.000 cruzaron el estrecho y llegaron al norte de África, donde muchos fueron convertidos en esclavos. Los judíos que optaron por convertirse al cristianismo y permanecer en el país fueron perseguidos en los años siguientes por practicar su antigua religión. En el medio siglo siguiente al Edicto de Expulsión unos 20.000 perecieron en las hogueras de la Inquisición.

A fines del siglo XV, la edad media llegaba a su fin y se iniciaba una nueva época, el Renacimiento. Aumentaba la autoridad de Estado y disminuía la de la Iglesia. Los países adoptaron en general enfoques seculares en sus sistemas políticos, deslindando por primera vez en mucho tiempo los ámbitos de influencia de la Iglesia y del Estado.

Un nuevo ambiente de tolerancia hacia los judíos y de reconocimiento de su aporte a las economías nacionales fue instaurándose poco a poco en Europa, aunque con marcadas diferencias según los países. Así por ejemplo, mientras la Holanda calvinista acogía a los judíos expulsados, sin tener en cuenta sus opiniones religiosas, el emperador habsburgo Maximiliano II permitía que regresáramos a Bohemia y su hijo Rodolfo nos otorgaba en 1577 una carta de privilegios, el rey español Felipe II nos expulsaba, en cambio, de su ducado de Milán en 1597.

La Iglesia mantuvo vivo su resentimiento y nos persiguió de diversas maneras en esta nueva época. Para ella los tiempos no habían cambiado, seguíamos siendo los asesinos de su Dios y una amenaza mortal para su fe.

En 1555 la Iglesia elegía un nuevo papa, el antisemita Pablo IV. Inmediatamente puso en práctica una nueva política antijudía en los Estados Vaticanos, plasmada en su bula "Cum Nimis Absurdam". Los judíos de Roma fueron segregados y concentrados tras un muro en la margen izquierda del Tíber. La palabra gueto empezó a utilizarse poco después en todas las leyes antijudías. El gueto se adoptó rápidamente en las otras ciudades de los Estados Pontificios. La policía papal presionó además a otros Estados para que nos encerraran también en guetos, lo cual sucedió en Toscana en 1570, en Verona en 1599 y en Mantua en 1601.

A diferencia de los barrios judíos que existían ya en otras ciudades y cuyo fin era permitir que los judíos practicaran de manera libre y protegida su religión y sus costumbres, el gueto o concentración forzosa y carcelaria era simplemente un preámbulo para facilitar nuestra expulsión o exterminio. El papa Pío V pudo así decretar la expulsión de los judíos de Roma con su bula "Hebraeorum Gens" en 1569, la cual se ejecutó con gran facilidad gracias a nuestra concentración en el gueto. No importó a nadie que muchos de los judíos expulsados de Roma hubieran vivido allí desde la época del Imperio romano.

Aunque los papas siguientes adoptaron una postura más tolerante, nuestra situación volvió a deteriorarse en la época del papa antisemita Pío VI, quien poco después de asumir el poder en 1775 ordenó los bautismos forzosos de los judíos. Desde esta época la Iglesia se arrogó el derecho de arrancar a sus familias y convertir a menudo en esclavos a su servicio a los niños judíos a los que se hubiera practicado alguna forma de bautismo, así fuera en secreto.

Debemos a Napoleón Bonaparte la eliminación de muchos de los guetos italianos. Soldados franceses y jóvenes judíos demolieron con sus manos los muros de los guetos. En Francia, al abrigo de la Revolución de 1789, logramos la igualdad civil ante la Ley: el 27 de septiembre 1791 la Asamblea Nacional votó la emancipación total de los judíos y Napoleón se esforzó por

incorporarnos a la vida social del país.

La Iglesia no iba a permitir, sin embargo, que el antisemitismo fuera erradicado en Francia. Con el propósito de “recristianizar” Francia, creó en 1847 una nueva orden religiosa, la de los asuncionistas, cuyos enemigos declarados y estigmatizados a través de la Editorial La Bonne Presse y el diario La Croix fueron los protestantes, los francmasones y, claro está, los judíos. Todos estaban confabulados, según La Croix, para destruir a Francia y al catolicismo; en este demoníaco contubernio a los judíos nos correspondía el objetivo de despojar a Francia de su riqueza natural, privándola de su cuerpo.

Después de La Croix, la revista de los jesuitas, Civiltà Católica, reavivó en Italia, durante el papado del antisemita León XIII, el odio a los judíos. En varios artículos aparecidos en 1881 y 1882 se informaba sobre los infanticidios cometidos por los judíos en los países de Europa del este, como práctica usual en las celebraciones de la pascua judía, en las cuales un niño cristiano debía morir en el tormento, cuya sangre “compromete la conciencia de todos los hebreos”. También se aseguraba los judíos habían instigado la Revolución Francesa, con objeto de obtener la igualdad jurídica y se nos calificaba como raza maldita y pueblo holgazán, que vive a costa de los demás.

Siempre se ha sabido que sembrar odios conduce a cosechar tempestades y las tempestades no tardaron en llegar con el famoso caso Dreyfus que dividió a Francia entre antisemitas y defensores de los derechos humanos. El odio incubado iba a estallar años después en un acontecimiento mucho mayor, de escala mundial, conocido como El Holocausto.

Cuando Hitler llegó al poder en Alemania, en 1933, nadie podía dudar de que uno de sus propósitos era la exterminación del pueblo judío, pues así lo había anunciado en su libro Mein Kampf (Mi Lucha). Para lograrlo debía primero adormecer la conciencia del pueblo alemán, representada por partidos socialdemócratas, socialistas o católicos. La supresión de los partidos de izquierda se logró por la fuerza. Para la supresión de la conciencia católica, representada por el partido Zentrum, no fue necesario usar la fuerza. Hitler contaba para ello con un aliado más poderoso: el propio papa, Pío XII.

Pío XII se ganó con creces el calificativo de “el papa de Hitler”. Antes de ser nombrado papa, en calidad de representante del papa Pío XI y secretario de estado pontificio, negoció en 1933 directamente con Hitler el tratado entre la Iglesia y el tercer reich, por el cual la iglesia obtenía la capacidad de aplicar el derecho canónico a los católicos alemanes, y el reich nada menos que el compromiso de la Iglesia de no inmiscuirse en la actividad social y política. Esto supuso la disolución del partido católico Zentrum, que representaba la conciencia política católica alemana y un 35 % del electorado, consistente en 23 millones de católicos alemanes.

Una vez firmado el tratado, Hitler reunió a su gabinete el 14 de julio 1933 para informar a sus ministros que la garantía de no intervención obtenida en el tratado, dejaba las manos libres para resolver la “cuestión judía”, es decir para proceder al exterminio de once millones de judíos en toda Europa, que fue la

meta oficialmente comunicada a los jefes nazis por Reinhard Heindrich en la reunión del 20 de enero de 1942 a orillas del lago Wansee, en donde se presentaron por primera vez los detalles de la llamada "Solución final"

Puede decirse que tuvimos suerte, el final de la guerra impidió que el holocausto alcanzara la meta propuesta, "solo" seis millones de judíos fueron exterminados, con el silencio cómplice de la Iglesia Católica. Pese a numerosas solicitudes, incluso de las mismas autoridades alemanas de Roma, cuando se iniciaron las deportaciones de judíos en la ciudad santa en 1943, el santo padre, autodenominado pastor angélico, Pío XII, se negó a condenar en forma alguna el peor genocidio de la historia. Incluso cuando los judíos deportados de Roma pedían a gritos auxilio a su paso por la plaza de San Pedro, el santo padre hacía oídos sordos; para él, las ovejas descarriadas de Israel no formaban parte de su rebaño.

¿Silencio cómplice o apoyo tácito?. Cada año Hitler recibió en su cumpleaños, por iniciativa de Pío XII, el mismo telegrama de felicitación:

- "las más cálidas felicitaciones al Führer en nombre de los obispos y diócesis de Alemania. Fervientes plegarias que los católicos alemanes envían al cielo desde sus altares"

Quizá el temor ante el poder pueda explicar tan fervientes deseos, pero no explicaría el que el cardenal arzobispo de Berlín, Adolf Bertram, ordenara tras la muerte del Hitler a todos los párrocos de su archidiócesis que "celebraran un solemne réquiem en memoria del Führer", que solo podía resultar siniestro a los judíos sobrevivientes del holocausto, cuyos familiares no tuvieron este privilegio.

Hubo un país en que el genocidio alcanzó cotas de maldad jamás antes vistas: el Estado Independiente de Croacia, creado por Hitler después de invadir Yugoslavia y dirigido por Ante Pavelic. Entre 1941 y 1945 el gobierno de Pavelic impuso una política de limpieza étnica contra los serbios ortodoxos y los judíos, con objeto de crear una Croacia católica pura, a través de conversiones forzadas, deportaciones y exterminios masivos, todo ello rodeado de una crueldad que mereció el rechazo de las mismas tropas alemanas. De los 45.000 judíos que vivían en el Estado croata, 30.000 fueron exterminados por Pavelic y sus bandas de ustachis.

En el caso del exterminio de los judíos y de los serbios ortodoxos de Croacia, la posición de Pío XII y de su Iglesia Católica no fue solo de silencio cómplice sino de apoyo decidido, resuelto y entusiasta. El pastor angélico recibió y felicitó a Pavelic y a varios grupos de ustachis en el Vaticano. Los clérigos y obispos católicos asumieron un papel dirigente durante las masacres. El obispo de Zagreb, Alojzije Stepinac, beatificado en 1998, asumió y ordenó a los fieles, desde el principio, la colaboración con las atrocidades. Sacerdotes franciscanos participaron activamente en las masacres, uno de ellos fue visto bailando en torno a los cadáveres de 180 serbios masacrados en Alipasin-Most y otro arengando a una banda de ustachis con un crucifijo en Banja Luka.

Después del holocausto no tuvimos siquiera la satisfacción de ver a nuestros asesinos castigados. Gracias a la ayuda del Vaticano, los victimarios más sanguinarios pudieron escapar a varios países de América Latina, desde donde pudieron seguir cometiendo todo tipo de crímenes contra la humanidad.

Desde el Colegio de San Girolamo degli Illirici en Roma, el llamado “pasillo Vaticano” ayudó a evadirse a criminales de guerra nazis como Josef Mengele, Klaus Barbie, Ante Pavelic, Erich Priebke o Adolf Eichmann. A través de la Pontificia Comisión para la Asistencia y la Secretaría para Refugiados Alemanes, el Vaticano suministró a estos y otros muchos agentes del holocausto judío, refugios, documentaciones falsas, recursos económicos para la fuga y contactos en los lugares de destino. En el caso de Ante Pavelic la exquisitez llegó al extremo de alojarlo en una casa en el complejo de Castelgandolfo, la residencia de verano de los papas, donde sostenía frecuentes reuniones con el cardenal Montini, futuro papa Pablo VI.

En 1962, el concilio Vaticano II trató de limpiar la tradición antisemita de la Iglesia. La comisión conciliar que trató el tema judío emitió una “Declaración de las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas”, la cual fue aprobada por el Concilio en 1965 y cuyo pasaje fundamental dice así:

- “Es cierto que las autoridades judías y quienes respondían a ellas influyeron en la muerte de Cristo. De todos modos, lo que sucedió en su pasión no puede imputarse a todos los judíos sin distinción que vivían entonces, ni a los judíos actuales”

Es evidente que la Iglesia, así lo intente en forma tan desafortunada, es intrínsecamente incapaz de abandonar el antisemitismo. Hace parte de su esencia y de su vocación. La pretensión de ser “el nuevo pueblo de Dios” conlleva el rechazo del antiguo y verdadero pueblo del Dios del antiguo testamento, el pueblo judío.

### **3 EL PECADO DE SOBERBIA E INTOLERANCIA CONTADO POR LOS HEREJES**

A la mayoría de nosotros la Iglesia Católica nos persiguió, torturó y asesinó por tratar de recuperar las creencias del verdadero cristianismo original, del que la Iglesia Católica se fue alejando cada vez más, a medida que los intereses del poder y la riqueza prevalecieron en ella sobre todo lo demás.

Permitidnos empezar nuestra exposición contándoos la forma en que el cristianismo nació y como la Iglesia católica lo distorsionó y lo reinterpretó a su acomodo. Solo así podréis comprender el sentido de nuestra lucha y de nuestra desgracia.

El cristianismo o mesianismo, que es el término original hebreo, nació en Israel, mucho antes que Jesús, como un movimiento a la vez político y religioso dirigido a recuperar la religión judía, tal y como la habían predicado los profetas, y a lograr la independencia de los ocupantes extranjeros.

Quienes lucharon por estas ideas creían firmemente en que ambas cosas iban juntas, la práctica de su religión solo era posible en un contexto de independencia política. La prueba para ellos era que desde que los romanos les habían impuesto a la dinastía idumea de los herodianos, en los años 40,s antes de vuestra era, su religión se había corrompido. Los saduceos y los fariseos habían aceptado colaborar con los romanos y con sus títeres herodianos y habían puesto el templo de Jerusalén a su servicio, volviendo práctica común ofrendar a Dios en beneficio de los ocupantes extranjeros y recibir ofrendas de ellos. Los mandatos de amor a dios y al prójimo, base de la religión, que sus profetas les habían enseñado, fueron relegados por una desenfrenada búsqueda de la riqueza a toda costa, que pasaba por la sumisión y colaboración con las autoridades romanas.

Muchos judíos rechazaron colaborar con los romanos y se esforzaron por mantener pura su religión. Varios movimientos surgieron con estos ideales: se los conoció como nazarenos (los guardianes de la Torá), ebionitas (los pobres, por su costumbre de compartir sus bienes) o zelotes (los celosos de la ley de Moisés). Todos estos movimientos compartieron las mismas creencias y los mismos propósitos. Por un lado confiaban en la lucha armada, mientras que por otro esperaban propiciar la venida del mesías salvador (Cristo Jesús en griego) anunciado por los profetas, a través de una práctica religiosa pura, separada del templo de Jerusalén y realizada en comunidad. Estos grupos concebían además la lucha contra los romanos y sus colaboradores en un plano a la vez terrenal (ellos de un lado y los romanos, herodianos, saduceos y fariseos del otro) y espiritual (los hijos de la luz destinados a la salvación eterna contra los hijos de las tinieblas, destinados a la condenación eterna).

Los zelotes expulsaron finalmente a los romanos en el año 66, iniciando una cruel guerra que terminaría en el año 70 con la destrucción de Jerusalén y llevaría al exilio y a la esclavitud a buena parte de la población judía. Las creencias mesianistas de quienes sobrevivieron se volvieron más de tipo espiritual que terrenal. El mesías esperado empezó a concebirse como un ser espiritual, dispensador del conocimiento (gnosis) de nuestra doble naturaleza, divina y humana, cuya adquisición permite a las almas inmortales el regreso al mundo espiritual (pleroma) del que proceden. El mesías no era ya concebido como un guerrero terrenal, liberador de Roma, sino como un maestro espiritual, al que los “espirituales” o “hijos de la luz” pueden descubrir dentro de ellos mismos a través de sus enseñanzas (la renuncia a los bienes terrenales y la práctica del amor al prójimo). Estas creencias fueron compartidas por la mayoría de los cristianos, hasta finales del siglo II de nuestra era.

Para nosotros, los primeros cristianos, el mesías salvador no tuvo una verdadera naturaleza humana ni murió en ninguna cruz. Su función, cumplida mediante una naturaleza puramente espiritual, fue la de liberarnos de la prisión mortal en que nuestras almas se encuentran envueltas. Este era el verdadero sentido de la salvación que el mesías espiritualizado ofreció a la humanidad.

Nosotros, los primeros cristianos, o cristianos gnósticos, como se nos denominó más adelante, no tratamos de crear instituciones o Iglesias organizadas, por cuanto la salvación no se obtenía por la pertenencia a una

Iglesia sino por el descubrimiento del Cristo espiritual dentro de nosotros mismos.

Es parte sustancial, sin embargo, de todas las religiones, el tratar de expandirse, de ganar prosélitos, de convencer a los demás. Los judíos cristianos de los primeros tiempos, dispersos a través del Imperio romano, entraron en contacto con las otras religiones del Imperio, principalmente con los cultos místéricos de Dionisio, Osiris, Isis, Atis, Cibele o Mitra. Todos ellos hacían experimentar al creyente la proximidad de un dios (un dios menor, no un dios principal o creador, como Amón-Rá o Zeus) que muere y resucita para enseñar a los creyentes el camino de la propia resurrección de su alma inmortal. Se trataba de una enseñanza puramente simbólica, lo que explica que estos cultos no se excluían sino que se complementaban, por cuanto representaban una misma idea y un mismo anhelo de eternidad, expuesto hacía mucho tiempo por Pitágoras y por Platón.

Los primeros judeocristianos estaban excluidos de participar en este tipo de culto. Su dios era creador del universo, único y excluyente, luego no podía tener la función de encarnación-muerte-resurrección, que solo podía corresponder a un dios menor (si el dios creador muere y resucita, ¿quién hubiera cuidado el universo mientras tanto?).

En las circunstancias descritas, se entiende que muchos cristianos, en varios lugares, decidieran crear su propia religión mística. Puesto que no tenían un dios menor como los demás pueblos, tomaron en su reemplazo la figura del mesías, ya espiritualizada, y le confirieron las mismas funciones que tenían los dioses de los cultos místéricos, morir y resucitar para mostrar a los creyentes el destino inmortal de sus almas. Poco a poco fue adoptándose para este mesías espiritual el nombre griego de Jesús, que en hebreo significa “el salvador” y que además es el nombre del jefe de los judíos, sucesor de Moisés, que los llevó a la conquista de la tierra prometida.

A medida en que el cristianismo se extendió por la parte occidental del imperio (mucho menos culta) y ganó adeptos entre los esclavos y la población más humilde, la concepción simbólica y espiritual del mesías fue siendo reemplazada en algunos grupos por una versión literal mucho más fácil de entender por gente menos versada en Platón o en Pitágoras. Nació así el mito de un mesías salvador (Jesús), de carne y hueso, suplicado en la época de Tiberio, pero convertido ahora en un dios encarnado. Para ello idearon una primera venida como mesías que sufre por nuestros pecados y una próxima segunda venida como mesías victorioso que juzga a los vivos y a los muertos.

El mesías espiritual del cristianismo original, se convirtió de esta forma, primero en un dios místico que muere y resucita de manera simbólica, y finalmente en un dios encarnado en un mesías sufriente que fue suplicado en la época del emperador Tiberio, pero que volverá como mesías victorioso al final de los tiempos.

Los partidarios de esta nueva interpretación literalista de Jesús acabaron suplantando a los primeros cristianos (los gnósticos), por su capacidad de organizarse en Iglesias, que sus rivales nunca tuvieron.

El impacto de la victoria de la interpretación literalista fue devastador. Se acabó la tolerancia que había caracterizado al paganismo, a los cultos místicos y al cristianismo primitivo. El Imperio romano incorporaba a su panteón los dioses de los pueblos vencidos. Osiris, Atis, Dionisio o Mitra habían sido interpretados como un mismo símbolo espiritual. Los cultos o iniciaciones en los misterios de estos dioses eran intercambiables, a menudo los creyentes de uno de ellos se iniciaban también en algunos de los otros. Con este nuevo mesías divino salvador, bautizado como Jesús e interpretado como dios encarnado, todo era diferente. Ya que Jesús no era solo un símbolo sino un ser real o histórico, los que no creían en él se convertían en herejes merecedores de la hoguera.

Se instauró así, desde que la versión literalista del cristianismo obtuvo el poder con Constantino, una era de terror religioso que el mundo antiguo nunca había conocido.

Constantino y sus sucesores, con la notable excepción de Juliano, a quién por su amor por la filosofía sus coetáneos apodaron “el heleno”, pusieron el poder político y militar al servicio de la Iglesia Católica, en su lucha por exterminar a quienes en la forma más mínima osaban tener ideas diferentes. A cambio de ello, la Iglesia vendió su alma al poder político primero y a los poderes económicos después. Los obispos se trasladaron a lujosos palacios, se rodearon de séquitos de esclavos y servidores, recibieron de los emperadores fincas, rentas, basílicas decoradas con oro, plata y piedras preciosas. Se les rendía honores de rodillas y se les sentaba en tronos concebidos a imagen del trono de Dios. Dedicaron sus esfuerzos a crear un ritual cada vez más complejo, administrado por legiones de presbíteros y diáconos, el cual aseguraba la salvación solo a quienes lo practicaban en el seno y en la obediencia de la Iglesia.

Nosotros, los herejes perseguidos a través de la Historia por la Iglesia triunfante, tratamos vanamente de recuperar la esencia del cristianismo primitivo, los principios de amor a Dios, ayuda a los necesitados, tolerancia con el prójimo, desprendimiento de los bienes terrenales, insumisión frente a los opresores y frente a la injusticia y esperanza en la salvación obtenida mediante una vida recta.

Los **priscilianistas** españoles tenemos el honor de figurar entre los primeros suplicados por la Iglesia Católica. Desde el año 375 adoptamos, guiados por Prisciliano, obispo de Ávila, un modo de vida humilde y sencillo, similar al que habían practicado los primeros cristianos, que incluía una dieta vegetariana en señal de respeto por la naturaleza creada por Dios, un seguimiento estricto de los principios religiosos proclamados por los profetas del antiguo testamento y una visión del mundo como lugar de enfrentamiento entre las fuerzas del bien y los poderes del mal. Esto fue suficiente para que fuéramos denunciados como herejes por los obispos galos Itacio e Hidatio al emperador Máximo. Prisciliano y siete de sus principales discípulos fueron torturados y decapitados en

Tréveris en el año 385, acusados de depravación y artes mágicas. Prisciliano en particular fue acusado por rezar en las noches desnudo en compañía de mujeres lujuriosas. El resto fuimos perseguidos hasta el exterminio. El considerar impuro comer carne era una razón suficiente durante los siglos cuarto al sexto en España, para ser sospechoso de priscilianismo y perseguido como hereje.

Con nosotros, los priscilianistas, se cumplió por primera vez en la historia, el dicho que siglos más tarde los herejes “cátaros” repetirían a menudo: cuando unos cristianos persiguen a otros cristianos, los cristianos de verdad son los perseguidos.

Los **donatistas** intentamos recuperar la Iglesia para los pobres y los humildes a cuyo servicio estuvo en su origen y mantener la pureza de las costumbres y el valor ejemplar de nuestros obispos, presbíteros y diáconos.

Cuando el emperador Diocleciano exigió, en los años 303-305, que los cristianos participaran en el culto de los dioses romanos y entregaran sus libros religiosos y privó de sus privilegios a los que desobedecieron, muchos obispos, presbíteros y diáconos apostataron de nuestra religión y entregaron sus libros. Pasado este breve período de persecución, muchos cristianos principalmente en el norte de África y en Egipto, estuvimos de acuerdo con Donato, obispo de Casa Nigra en Numidia, en exigir a los clérigos apostatas un arrepentimiento y un nuevo bautismo como condición previa al reintegro a sus cargos religiosos. El emperador Constantino y sus hijos apoyaron durante todo el siglo IV a los “lapsi”, es decir a los clérigos que reintegraron sus cargos tranquilamente, de los cuales proviene la Iglesia Católica actual y persiguieron a los “herejes” donatistas mediante expulsiones, encarcelamientos y la muerte. Nuestros primeros mártires fueron los obispos Donato de Bagai y Márculo, a los que siguieron muchos otros. En el año 411 el obispo de Abora en la Proconsularis confesaba “quién entre nosotros se declara donatista es lapidado”. El odio seguía vivo un siglo después, con mayor fuerza si cabe, por cuanto por primera vez la lucha religiosa fue a la vez claramente una lucha social, racial y política.

La casta eclesiástica de la Iglesia oficial se componía en el norte de África de romanos y griegos católicos, funcionarios del Imperio o dueños de grandes extensiones agrícolas olivareras, mientras que los donatistas pertenecíamos a la población local berebere-púnica, dedicada a empleos agrícolas temporales en los grandes cultivos.

En el conflicto entre ambos grupos sociales la Iglesia católica defendió resueltamente los intereses de la clase poseedora y dominante, persiguiendo con saña a la Iglesia donatista. San Agustín aprovechó esta cruzada antidonatista para elaborar las doctrinas que en el futuro justificarían la violencia física contra los herejes y eximirían de todo castigo la corrupción del clero.

El castigo físico infligido a los donatistas era para San Agustín nada menos que una prueba de amor. La coacción, según él, es inevitable, pues aunque a los mejores se les puede manejar con el amor, a la mayoría, por desgracia, hay

que obligarles con el miedo. Más aún, cuando los representantes de la Iglesia Católica maltratan a sus semejantes, ¡lo hacen en nombre de dios!, pues según explica este santo a sus opositores donatistas, “cuando amenazamos, reprendemos, cuando tenéis pérdidas o dolores, cuando las leyes de la autoridad terrenal os afectan, ¡comprended lo que os sucede!, Dios no quiere que os hundáis en una desunión sacrílega, separados de vuestra madre, la Iglesia católica”. Quedaban justificadas la Inquisición, la persecución y la muerte de quienes se separan de una madre tan amorosa. Quienes os relatamos estos hechos, en testimonio del sufrimiento que la doctrina de San Agustín nos infligió, tenemos al menos el consuelo de haberlo sufrido por el amor a Dios de clérigos tan bien intencionados como San Agustín.

San Agustín aprovechó la lucha contra los donatistas para legar a la Iglesia otra teoría sumamente provechosa. Según él, los clérigos pueden llevar una vida totalmente infame, pero mientras mantengan su obediencia a la Iglesia, los sacramentos que celebren serán válidos, pues los mismos obran “ex opere operato”, es decir por el carácter sagrado del oficiante. El reverso de esta doctrina es que una persona puede seguir una vida recta y ser, sin embargo, lícitamente perseguido por desobedecer a la Iglesia católica, fuera de la cual no hay salvación.

Los **arrianos** llegamos a ser considerados como unos herejes cuya maldad nos llevó a negar la naturaleza divina de Jesús, su consustancialidad con Dios padre. ¡Como se falsifica la Historia!, la verdad es que hasta fines del siglo IV, el cristianismo fue en su inmensa mayoría arriano.

Los cristianos de los primeros siglos seguimos escrupulosamente el monoteísmo de la religión judía, de la cual procedemos. Para nosotros Dios es un ser único, indivisible y superior a todos. Autoengendrado, es decir que no debe su existencia a ningún otro ser. Jesús en cambio es un ser creado por Dios a partir del momento de la Historia en que decidió hacernos conocer, a través de él, el mensaje sagrado de nuestra salvación. Para nosotros, verdaderos monoteístas, Dios no tiene principio pero todos sus hijos, Jesús al igual que nosotros, sí lo tienen. Ningún ser creado, ni siquiera Jesús, tiene una sustancia igual o similar a la de Dios, pues si así fuera Dios ya no sería único.

¿Como hubiéramos podido creer otra cosa, cuando los propios evangelios afirman con claridad la diferencia radical entre ambos seres? ¿Acaso al implorar “Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado”, hablaba Jesús consigo mismo? Cuando sus discípulos le llamaron maestro bueno, no preguntó acaso Jesús, por qué me llaman bueno, el único que es bueno es Dios? ¿No afirmó que nadie sabe el día y la hora del juicio final, ni los ángeles del cielo, ni el hijo, sólo el padre? ¿O que el padre es superior a mi? ¿Puede algún cristiano honesto pretender, a la luz de estas afirmaciones contenidas en sus evangelios, la identidad del hijo y del padre? Nosotros, los arrianos, fieles al monoteísmo original del verdadero cristianismo, creemos que no y por ello fuimos perseguidos y exterminados por quienes reinventaron el cristianismo a partir del siglo IV, convirtiéndolo progresivamente en una religión politeísta, con tres dioses principales, una semidiosa virgen fecundada por uno de los tres

dioses y madre de otro, y una proliferación de seres divinos, llamados ángeles, santos o beatos.

Arrio fue envenenado a instigación de Atanasio, obispo de Alejandría, en el año 336 y, desde la llegada al poder del emperador Teodosio en el año 379, los arrianos fuimos perseguidos por la Iglesia católica oficial o trinitaria. Se nos prohibió ocupar iglesias o reunirnos con fines de culto, la defensa de nuestros puntos de vista o incluso la simple posesión de escritos de tendencia arriana se convirtieron en crímenes punibles con la muerte. Un decreto de Teodosio del año 389 nos describió como “eunucos” y otro decreto nombró inquisidores para exterminarnos con total eficacia.

Erradicados así del Imperio romano sobrevivimos hasta el siglo VII, como religión oficial de los godos, burgundios, vándalos y otras tribus “bárbaras”, que terminaron desapareciendo de la Historia o adoptando la religión trinitaria triunfante.

Pero el **gnosticismo**, el verdadero cristianismo original, resurgió con enorme fuerza algunos siglos después. Algunos escritos y conocimientos nunca se perdieron, de alguna forma fueron preservados, pese a todas las quemaduras de libros organizadas por la Iglesia católica, de forma que desde alrededor del año 1000, muchos cristianos en occidente y en oriente rechazaron la Iglesia católica romana y la Iglesia ortodoxa bizantina y crearon una Iglesia cristiana verdadera.

La Historia nos conoce, en occidente principalmente, como “**cátaros**” u otras denominaciones como albigenses, patarinos o publicanos, entre otras, aunque nosotros utilizábamos para designarnos los términos “verdaderos cristianos”, “buenos cristianos”, “buenos hombres” y “buenas mujeres”. También nos gustaba denominar a nuestra Iglesia como la Iglesia del Amor, por contraposición a su contraria, la Iglesia de Roma. En el Imperio bizantino fuimos conocidos como bogomilos.

Nuestro propósito fue el retorno al verdadero cristianismo, el de los orígenes, el del Jesús que salva mediante el conocimiento, el de verdad y no el del Jesús que redime del pecado original transmitido desde el origen de la especie, el falso Jesús de las Iglesias oficiales de Roma y de Bizancio.

Para nosotros, como para los primeros cristianos, el príncipe de este mundo es Lucifer, el ángel caído por su orgullo, en cuya caída arrastró a este mundo terrenal un tercio de las almas del cielo, atrapadas en cuerpos mortales y corruptibles, como explica el Apocalipsis. Jesús fue un ser espiritual, mensajero de la Buena Nueva y revelador del camino de la salvación, enviado por Dios para despertar las almas e insuflarles el Espíritu Santo liberador que les permite el regreso al mundo espiritual del que proceden. Gracias a Jesús el hombre es un ser caído que se acuerda de los cielos.

Jesús no fue enviado a este mundo para sufrir y morir en la cruz ni para redimir a la humanidad del pecado original. Jesús no tuvo nunca un cuerpo mortal, no estuvo nunca bajo el imperio de Satanás. El reino que predicó no es de este

mundo. Nosotros, los verdaderos cristianos, tampoco somos de este mundo, pues como dijo Jesús, “si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que le pertenece, pero no sois del mundo, porque yo os he sacado del mundo y por eso el mundo os odia”.

Para nosotros, la idea del pecado original, transmitido de padres a hijos desde el origen de la humanidad, es una idea abominable porque supone el espíritu vengativo y la injusticia intrínseca de Dios. Un dios bueno y justo, como nuestro Dios verdadero, no puede hacer pagar a los hijos por los pecados de sus padres, tal y como los profetas de antiguo Israel explicaron una y otra vez. Sin pecado original no tiene sentido ningún concepto de sacrificio expiatorio y redentor, como el que la Iglesia católica adoptó para sumir a la humanidad en el terror y someterla a su poder, por cuanto solo ella podía brindar, mediante sus sacramentos, la remisión del pecado original con el que todos nacemos, según ella.

La salvación de la humanidad no nace de la supuesta pasión de Jesús, sino de la voluntad de Dios de permitirnos el regreso al mundo espiritual del que procedemos, a través del mensaje salvador, revelador de nuestro origen y de nuestra doble naturaleza, divina y humana, insuflado por Jesús, el mediador, en nuestras mentes y en nuestros corazones.

Nuestra Iglesia fue, como la Iglesia original, una Iglesia igualitaria, cuyos sacerdotes y obispos eran elegidos directamente por cada comunidad de creyentes y donde los clérigos debían ganarse su sustento a través de su trabajo, sin volverse parásitos del trabajo ajeno.

Nuestro único sacramento era el bautismo espiritual de los primeros cristianos, impuesto por las manos de un sacerdote sin tacha, de un “perfecto”, al que llamábamos el consolamentum, el cual convocaba sobre nosotros el Espíritu Santo, cuya gracia nos libraba de los pecados cometidos contra la palabra divina y nos abría las llaves del mundo celestial después de la muerte.

Al rechazar la cruz, rechazamos también el supuesto sacrificio de la misa, la eucaristía. Al igual que los cristianos primitivos que celebraban un Ágape alrededor de una mesa de comensales y no frente a ningún altar, bendecíamos y compartíamos un pan y una santa oración, en referencia simbólica a la palabra del evangelio, el verdadero cuerpo de Jesús, que debía difundirse en toda la humanidad.

Para nosotros, la infinita bondad de Dios no era compatible ni con la herencia del pecado original ni con la condena eterna en el infierno, invento diabólico con el que la Iglesia católica sumió en el terror y sometió a su poder a la humanidad. El fin de los tiempos y del mundo solo podría tener un desenlace feliz, que llegaría el día en que todas las almas, despertadas por el mensaje de Jesús, hubieran regresado al Reino celestial.

Nuestra vida sencilla, nuestro apego a los bienes espirituales, nuestra práctica de amor al prójimo y la bondad de nuestra religión, libre de terrores, de rituales complejos y fácilmente comprensibles por todos, atrajo, desde el inicio del siglo

XI, a los creyentes de toda Europa. Nuestra religión se extendió en occidente desde la península balcánica hasta las orillas de la Mancha y del mar del norte, desde Renania hasta el Mediterráneo y el Adriático, siendo también importante en el oriente bizantino.

La Iglesia católica nos consideró desde nuestro origen como los peores enemigos que jamás había enfrentado. Las deserciones de su Iglesia fueron masivas en muchas regiones, como el sur de Francia y el norte de Italia. Nuestros predicadores desmitificaban todos los errores sobre los que se había construido una Iglesia tan alejada de sus raíces originales. La verdad estaba de nuestra parte, pero ellos poseían el poder terrenal y lo usaron para aniquilarnos sin piedad.

Las hogueras empezaron a arder y a quemar buenos cristianos muy pronto. El 28 de diciembre del año 1022 el rey Roberto El Piadoso (el concepto de piedad de los historiadores católicos siempre ha sido muy singular) alumbró la primera pira masiva de creyentes en Orleáns. En 1051 el obispo de Goslar, en Lorena, encuentra una forma sencilla de detectar a los herejes cátaros: bastaba que se negaran a matar polluelos (nuestra dieta era a base de vegetales y pescados) para ser supliciados.

Desde 1143 las piras se encienden en Colonia sin interrupción, bajo la autoridad del obispo de la ciudad, en Arras desde 1172 bajo la autoridad del obispo de Reims y en la propia Reims desde 1180, en Vezelay desde 1167, en Flandes y Borgoña desde fines del siglo XII. En toda Europa el cielo se llenaba de olores de azufre y de lamentos de los buenos cristianos.

Las primeras piras se encendieron por decisiones locales, de los obispos de cada ciudad en alianza con los poderes seculares. Pero en el año 1198 accede al papado Inocencio III, quién cambiará su sueño de cruzada en Tierra Santa por un proyecto, más próximo y accesible, de cruzada en tierra cristiana. En 1199 mediante su decreto "Vergentis in senium" asimila la herejía al crimen de traición y declara a los herejes merecedores de los procedimientos y castigos previstos por el derecho romano para este tipo de crimen, es decir la muerte. Suministra así un fundamento jurídico para la colaboración entre las autoridades religiosas y seculares en la persecución de los herejes. La tesis es aceptada por los príncipes europeos, que consideran desde entonces la herejía como un crimen de lesa majestad. El emperador Federico II decretó para todos los cátaros en su Imperio la muerte por el fuego, al calificar la herejía como crimen de Estado. A la Iglesia le compete investigar y condenar como experta en el tema religioso y la ejecución le compete al poder civil. Los fundamentos de la Inquisición ya han sido colocados. Solo faltaba crear el instrumento para su ejecución, que no será otro que la orden de los dominicos, a quienes se entregó la gestión de los tribunales de la Inquisición en 1229, compartida trece años después con los hermanos menores de la orden franciscana.

Pese a las persecuciones que habían exterminado a muchas comunidades cátaras en toda Europa, en el sur de Francia, en la región del Languedoc, comprendiendo el condado de Tolosa y el vizcondado de Carcasona, Albi, Béziers y Limoux, los buenos cristianos habían tenido el apoyo de los

príncipes, convertidos a la verdadera religión. Para exterminarlos el papa Inocencio III y el rey de Francia, Felipe, emprendieron una cruzada.

Los cruzados se pusieron en marcha en 1209, bajo el mando conjunto del conde Simón de Monfort en nombre del rey y del monje Arnaldo Amalrico de Citeaux como legado papal en nombre de la Iglesia. El papa Inocencio III les había prometido, mediante una bula del 17 de noviembre del año 1207, las mismas indulgencias concedidas a los cruzados de Tierra Santa.

Montpellier cayó el 20 de julio y a continuación los cruzados sitiaron Béziers. Como la ciudad resiste, el legado pontificio envía, como delegado suyo, al obispo Reginaldo de Monpeiroux a proponer a los católicos de la ciudad que entreguen a los cátaros o que salgan ellos. Los ciudadanos de Béziers responden que prefieren dejarse ahogar en el mar antes que consentir. Antes de entrar en la ciudad algunos cruzados preguntan al legado del papa como distinguir en la matanza entre herejes y católicos. El buen abad responde: "Matadlos a todos, dios reconocerá a los suyos". Los 20.000 habitantes de Béziers son degollados, incluyendo mujeres y niños. El abad comunica feliz al papa la buena nueva: "Los nuestros no respetan ni el rango, ni el sexo, ni la edad; han hecho perecer alrededor veinte mil personas, la ciudad ha sido saqueada y tomada. La venganza divina ha sido maravillosa".

El Languedoc, región feliz, con una estructura mucho más igualitaria que el resto de Europa, cuna del amor galante y de los trovadores, albergue de una religión de paz y amor no estaba preparada para resistir semejante horror. El resto de ciudades capitulan. El condado de Tolosa es anexionado al reino de Francia. La última resistencia se da en Montsegur en 1243. La plaza se rinde el 1 de marzo de 1224, doscientos diez buenos cristianos son quemados en el auto de fe que culmina la cruzada. El autor de la matanza, el rey Luis IX, es naturalmente canonizado.

El concilio de Tolosa de 1229 suministró a la Inquisición, en manos de los dominicos, en forma de cuarenta y cinco cánones, los instrumentos de trabajo necesarios para la extirpación total de la herejía. La delación de los herejes se convirtió en un deber de todo ciudadano, se ordenó la destrucción de toda casa que albergara un hereje, la obligación de la comunión al menos tres veces al año, la prohibición absoluta de los laicos de poseer la Biblia y la "remisión al brazo secular" de los herejes condenados. Los herejes muertos que habían escapado al castigo fueron desenterrados y quemados.

Uno de los últimos cátaros, Pierre Authié, quemado ante la catedral de San Esteban en Tolosa el 10 de abril del año 1310 pronuncia el epitafio de nuestra religión: "Hay dos Iglesias, la una huye y perdona, la otra posee y despelleja".

La Inquisición siguió su camino destructor, otros suplicados os contarán su historia, pero nosotros ya no hicimos parte de ella. Los verdaderos cristianos desaparecimos con la Iglesia cátara. La humanidad hubiera sido seguramente más feliz si hubiéramos triunfado, pero no fue así.

Nosotros, los cristianos gnósticos, fuimos los verdaderos cristianos, en nuestra época nuestros 50 evangelios todavía no habían sido borrados de la faz de la tierra por la Iglesia católica. En 1945 nuestros evangelios salieron a la luz, ocultos en un pozo desde tiempos inmemoriales en Nag Hamadi, en Egipto, pero ya muy pocos podían entenderlos. El príncipe de este mundo, tras diez y siete siete siglos de dominio incontestado sobre la humanidad, había cerrado las mentes y los corazones a las verdaderas enseñanzas de Jesús, el mesías espiritual, el Ángel de dios, nuestro verdadero salvador. La promesa contenida en el evangelio de Tomás sigue siendo, sin embargo, válida: “Quién encuentre la interpretación de estos dichos no experimentará la muerte”.

#### **4 EL PECADO DE MACHISMO CONTADO POR LAS BRUJAS**

El sufrimiento de los judíos y de los herejes es terrible, pero al menos ellos conocieron las razones por las que la Iglesia católica los persiguió. Fueron perseguidos por tener ideas distintas de las de la Iglesia o por no reconocer a su mesías. Nosotras, en cambio, fuimos en nuestra inmensa mayoría fieles creyentes en Jesús y nunca entendimos porque la Iglesia, en cuya devoción nos educamos, nos odió, nos torturó con saña infinita y nos asesinó entre crueles tormentos.

Tuvimos que escudriñar mucho en nuestras vidas, en las circunstancias de nuestras muertes y en la historia de la Iglesia, para entender porque los clérigos, en quienes creímos, nos persiguieron y para comprender nuestra tragedia. Quizá lo que vais a escuchar resulte tan aterrador para vosotros como lo fue para nosotras cuando logramos entenderlo.

Desde su inicio, la Iglesia católica entendió a la mujer como un ser inferior al hombre, poco dotado intelectualmente y poseedor de una exuberante y temible sexualidad.

San Pablo afirmó a los corintios, “Quiero que entiendan que Cristo es cabeza de todos los hombres, mientras que el hombre es cabeza de la mujer y Dios es cabeza de Cristo” y estableció una firme diferencia entre ambos sexos: “El hombre no debe cubrirse la cabeza, ya que él es imagen y gloria de Dios, mientras que la mujer es gloria del hombre...por esta razón debe llevar sobre la cabeza señal de autoridad”. A las esposas efesias les aconsejó el santo apóstol: “Sométanse a sus propios esposos como al Señor, porque el esposo es cabeza de su esposa, así como Cristo es cabeza y salvador de la Iglesia, la cual es su cuerpo. Así como la Iglesia se somete a Cristo, también las esposas deben someterse a sus esposos en todo”. Someterse y desde luego callarse, como el santo apóstol aconseja también a los corintios: “Guarden las mujeres silencio en la Iglesia, pues no les está permitido hablar. Que estén sumisas, como lo establece la ley. Si quieren saber algo, que se lo pregunten en casa a sus esposos, porque no está bien visto que una mujer hable en la Iglesia”.

San Agustín vio en nuestra inferioridad frente al varón una razón suficiente para que se nos tratara como esclavas: “Hombre, tú eres el amo, la mujer es tu esclava, Dios lo quiso así. Sara, dice la escritura, obedecía a Abraham y lo

llamaba amo suyo...Sí, vuestras mujeres son vuestras servidoras y vosotros sois los amos de vuestras mujeres”

Si sólo el hombre era creado a imagen de Dios, la mujer, inferior, esclava y sometida a su esposo quedaba en un limbo entre el hombre, ser superior y los animales, reino inferior. No es de extrañar entonces que tradicionalmente se hayan aplicado a la mujer epítetos tales como “lobas”, “tigresas”, víboras” y otros.

La inferioridad de la mujer se basaba en su capacidad intelectual claramente inferior a la del hombre. Como individuo, dirá santo Tomás de Aquino en el siglo XIII, la mujer es un ser endeble y defectuoso, mientras que Bernardo de Claraval nos llamaba “sacos de basura”.

La Iglesia y la sociedad en general, como consecuencia de su influjo, consideraron siempre que la mujer estaba muy pobremente dotada para las tareas intelectuales. Durante la edad media, mientras la Iglesia católica dirigió la enseñanza, a las mujeres se nos excluyó de la enseñanza del latín, por lo cual se nos consideraba analfabetas y por ser analfabetas se nos vedaba el acceso a los estudios superiores. ¡El estereotipo de la mujer inculta y tonta se volvía así realidad!

Pero así como nuestro intelecto era considerado débil, nuestra sexualidad era considerada exuberante, mucho más fuerte que la del hombre. Así definió San Jerónimo, en el siglo IV, nuestra excesiva sexualidad: “No pueden saciarse ni de la sangre de los muertos...No se dice esto de la prostituta ni de la adúltera, se dice del amor de la mujer en general. Este amor siempre es insaciable. Se apaga y se vuelve a avivar. Aunque lo alimenten, de inmediato necesita más. Feminiza el alma viril. No deja pensar en nada más, salvo en la pasión que alimenta”.

Estos elementos completan el retrato robot de la mujer que la Iglesia católica desde su origen moldeó. Nuestra inferioridad y nuestra debilidad intelectual abrían la puerta al imperio de Satanás sobre la sociedad y nuestra sexualidad nos convertía en aliadas naturales de Satanás y en las seductoras-enemigas permanentes de la espiritualidad del varón, nuestro amo y señor.

El pecado original, la corrupción de la humanidad habían ocurrido, según el Génesis, por el engaño de la serpiente-Satanás, quién en su inteligencia escogió para realizarlo al ser inferior, a Eva, no a Adán. Desde entonces, en la visión de la Iglesia, Satanás había utilizado siempre a la mujer como su aliada natural y, aprovechando su naturaleza pecaminosa, la había convertido a menudo en su compañera sexual. “El martillo de las brujas”, libro que desencadenaría la tragedia que pronto os relataremos, describía a las mujeres convertidas en brujas como seres insaciables que “refocilaban con demonios” y que de noche reciben a sus amantes diabólicos en forma de incubos.

Pero al mismo tiempo que la visión de la Iglesia católica nos convertía en aliadas del diablo nos convertía también en las tentadoras y pervertidoras del varón. Como explicara san Lugido, “Allí donde está la mujer, se halla el pecado,

allí donde está el pecado se halla el demonio y allí donde está el demonio se halla el infierno". Nadie ha descrito la lucha interior del varón que aspira a desarrollar su espiritualidad, entre su amor a Dios y su atracción hacia la hembra corruptora como san Agustín en sus Confesiones: "Pensaba que había de ser muy desdichado, si carecía de las caricias de una mujer. No pensaba en la medicina preparada por tu misericordia para curar esta enfermedad", "Estaba herido por la enfermedad de la carne, cuyos placeres de muerte eran la cadena que yo arrastraba conmigo, temiendo que me la soltaran", "Nada me estimulaba a salir del abismo de los deleites carnales como el miedo de la muerte y de tu juicio futuro...este miedo jamás se alejó de mi corazón".

Desde san Agustín, la Iglesia transmitió a la sociedad una idea del sexo como algo perverso, por cuanto es el medio por el que se transmite el pecado original y por cuanto aleja al varón de su búsqueda de Dios y de la salvación de su alma. La única actividad sexual lícita para san Agustín y para la Iglesia hasta bien entrado el siglo XX, era la que se realizaba, no en persecución del placer, sino solo en miras a la procreación. Fuera de este caso prevalecía la opinión expresada por Santo Tomás en su Summa, según la cual el coito es malo porque puede convertir al hombre en "semejante a un animal". Si el coito es malo era evidente el peligro que la mujer-seductora constituye para el hombre.

Todos estos conceptos, forjados en un arduo proceso que se inicia con san Pablo, se desarrolla extraordinariamente con san Agustín y culmina en la escolástica y en santo Tomás, prepararon el terreno para la carnicería más feroz y más injusta que la Historia ha conocido. Preparaos para escucharla.

La Inquisición había logrado extirpar en el siglo XIV la herejía cátara. Los judíos y los herejes habían sido vencidos y en buena medida exterminados. La Iglesia y la enorme maquinaria que la Inquisición había creado necesitaban un nuevo enemigo, que justificara una nueva cruzada. La Iglesia había justificado su existencia ofreciendo a sus fieles un lugar seguro frente a los ataques de Satanás. El demonio se había encarnado en los herejes y debía encarnarse de nuevo, para justificar el terror que seguiría atrayendo a los fieles hacia el único refugio seguro, la Iglesia católica. Pero, ¿en quién podría encarnarse ahora Satanás? La respuesta no tardó en encontrarse. Ahí estábamos disponibles las mujeres, las aliadas naturales del maligno, las perversas seductoras del varón creado a imagen y semejanza de dios. El retrato robot de la mujer que la iglesia había creado facilitaba enormemente la difusión en la sociedad del temor a la bruja, un tipo de mujer aliado con el maligno para hacerle daño a la humanidad.

¿Quién perfeccionó la idea de la bruja y diseñó los medios para desenmascararla y perseguirla?, obviamente los inquisidores dominicos. El "Malleus maleficarum", el martillo de las brujas, aparece en 1486 en Estrasburgo a nombre de Heinrich Kramer, inquisidor alsaciano y Jacob Sprenger, padre provincial de los dominicos de Alemania. El patrocinador del libro, que se difunde rápidamente por toda Europa, es el papa Inocencio VIII. El 16 de noviembre 1486 el emperador Maximiliano I de Austria invita a sus ciudadanos católicos a coadyuvar en su obra a los dos dominicos. La persecución ha comenzado y se mantendrá durante los dos siglos siguientes.

El “martillo de las brujas” alerta sobre una nueva herejía, a la que denomina la “herejía de las brujas”, la cual invade Occidente y debe ser combatida. A continuación describe las desgracias y crímenes que afectan a la sociedad como resultado de la nueva herejía, tales como calamidades agrícolas, desastres naturales y asesinatos principalmente de niños rodeados de grandes crueldades. Finalmente ilustra sobre como combatir la herejía, como detectar a las brujas, como interrogarlas, cuando torturarlas, cuando someterlas a la pena capital.

Cerca de cien mil mujeres, de promedio de edad avanzado, van a ser torturadas y asesinadas mediante el concurso de las autoridades religiosas y civiles.

El mismo Kramer escribe en 1491 al consejo de la ciudad de Nuremberg, vanagloriándose de haber quemado a más de 200 brujas.

En París, entre 1565 y 1640 se enjuicia a 1.119 brujas, muchas de las cuales serán condenadas a muerte. En Genf en mayo 1571 se queman 21 brujas en un solo proceso. En Lorena, el juez Nicolás Remy se jacta de haber enviado a la hoguera de dos a tres mil brujas entre 1576 y 1606. En Oppenau, en 1631-1632, un solo proceso lleva a la hoguera al 8% de la población. Los principados católicos de Alemania se distinguieron especialmente: Maguncia aportó a la cruzada 650 víctimas entre 1601 y 1604 y 768 entre 1626 y 1629; Eichstatt 1.000 víctimas entre 1612 y 1636; Colonia 2.000 víctimas entre 1612 y 1637; Bamberg 900 víctimas entre 1623 y 1631.

Los crímenes, reconocidos siempre bajo tortura, eran diversos y horribos: matar a niños y animales; pisotear crucifijos, imágenes de la Virgen y hostias; copular con demonios; coleccionar sexos masculinos en cajas de hierro que a menudo ocultaban en nidos de pájaros o dañar las cosechas.

En el Jura, en 1600, Rolanda du Vernois confiesa haber provocado el granizo mezclando su orina con ramas verdes; en Padeborn, en 1631, Lisa Tutke reconoce haber copulado con un demonio, siendo la prueba que durante la relación no sintió calor sino frío; en Monteliard, en 1646, 32 testigos acusan a Adrienne d’Heur, entre otras cosas, de haberse transformado en gato y de haber tenido coito con el diablo, lo cual acaba reconociendo en la hoguera.

Las capturas, las torturas y las muertes seguían los lineamientos estipulados en el “martillo de las brujas”. La Iglesia ha logrado inculcar la sospecha hacia mujeres que respondan especialmente al estereotipo de la bruja, mujeres de más de 60 años, mujeres viviendo solas especialmente. Cualquier fenómeno inexplicado, la muerte de un niño o de un animal, un desastre meteorológico, justifican el arresto (que debe realizarse alzándola en el aire para evitar que toque el suelo y tenga así contacto con el demonio).

Una vez en una mazmorra oscura, estrecha y fría, se la desnuda por completo y se le afeita todo el cuerpo. La tortura puede ordenarse por dos motivos: uno son las respuestas a preguntas capciosas en cualquier cosa que se diga da lugar a sospecha (por ejemplo se le pregunta si cree en la existencia de brujas,

si responde que no es que no cree en el demonio y si responde afirmativamente es que debe conocer o ser cómplice de alguna bruja), la otra razón es que tenga cicatrices, lunares, verrugas o cualquier tipo de mancha en el cuerpo, que se supone provienen de copular con el diablo.

Una vez decretada la tortura, la sentencia de muerte es casi inevitable. Solo un 5% de las mujeres torturadas escapan de la muerte.

En el caso de que la sospecha provenga de manchas en el cuerpo, estos lugares se pinchan con agujas y cuando se encuentra un punto insensible, se pasa a la tortura.

Las torturas son diversas: se aplastan los huesos dentro de los borceguíes, se dislocan los cuerpos con garruchas, se queman las nalgas y los órganos sexuales obligándolas a sentarse sobre sillas de metal al rojo vivo, se les hace tragar 18 litros de agua, se introducen puntas de hierro en las uñas, se les sumergen en baños de ácido caliente, se arrancan las uñas con tenazas, se cortan los senos, se llenan las fosas nasales con cal viva. Todas acaban confesando los horrores que los buenos sacerdotes que presencian la tortura desean escuchar. A veces se les dice directamente “recibirás tormento hasta que mueras”, no dejándoles ninguna esperanza, la confesión es la única forma de terminar el tormento.

Camino hacia el lugar de la ejecución, al pasar delante de la iglesia parroquial, debe arrodillarse y delante de los sacerdotes reunidos pedir perdón a Dios.

Los actos de brujería, por realizarse en nombre del demonio, competían al poder judicial y al poder religioso. Representantes de la Iglesia estaban presentes en todas las etapas del proceso, en los interrogatorios, en las torturas y en las ejecuciones.

Tuvisteis suerte de no conocer estos tiempos. De estar presentes no habríais tampoco comprendido tanta crueldad, ejercida en nombre de Dios.

## **5 EL PECADO DE IGNORANCIA EXPLICADO POR LOS LIBREPENSADORES Y AMANTES DE LA VERDAD**

La historia de la humanidad se ha ido forjando a través de la lucha entre dos fuerzas opuestas: una, que nosotros hemos encarnado, ha pretendido siempre el progreso material, humano y espiritual; la otra, a la que en general se conoce como el oscurantismo, representado principalmente por la Iglesia católica, ha tratado por todos los medios de mantener a la humanidad esclava de supersticiones y temores, anclada en dogmas y creencias absurdas, que ella fue forjando a través de los tiempos con miras a justificar su poder y su opresión.

Conocer nuestra historia os permitirá además entender mejor las atrocidades que los judíos, los herejes y las supuestas brujas han relatado. Todos ellos fueron víctimas necesarias del miedo y de la ignorancia, los dos instrumentos que la Iglesia utilizó para lograr el poder espiritual y temporal. Nosotros hemos

sido siempre el gran obstáculo que la Iglesia enfrentó en su lucha por el poder. Nosotros luchamos siempre por suprimir la ignorancia y por tanto el miedo que de ella deriva.

La verdad es que en la lucha que os vamos a relatar, casi siempre llevamos la peor parte durante varios siglos. Por eso la historia de la humanidad no ha sido un sendero de progreso constante, como hubiéramos deseado, sino que tuvo un enorme retroceso, que se inició en cuanto la Iglesia obtuvo el poder con Constantino y se mantuvo durante los diez siglos, que los historiadores denominan “la edad media”. Las masacres y persecuciones que hemos escuchado sucedieron principalmente en esta época.

Desde el origen de los tiempos, el hombre buscó su progreso en lo material y en lo espiritual, sin que entre ambos anhelos existiera contradicción alguna, por cuanto en las sociedades antiguas los campos de acción se mantuvieron separados.

Las religiones clásicas de los griegos y de los romanos les proporcionaban información sobre los dioses y sobre como volverlos propicios a sus ciudades o imperios. En una fase posterior, en los últimos siglos anteriores a “nuestra era”, las religiones de ambas culturas se resumían en un mensaje de salvación del alma inmortal a través de la recta conducta y de la experimentación de la unión mística con la divinidad, mediante la participación en los llamados “misterios”.

En ningún caso se trató de deducir de estas creencias y prácticas religiosas conocimientos o creencias sobre la composición de la materia, la forma de la tierra, el funcionamiento del universo, la anatomía del cuerpo humano o los métodos para curar las enfermedades. En estos y otros ámbitos del saber mundano nosotros pudimos reflexionar, investigar, descubrir y aportar nuevos conocimientos sin que las autoridades religiosas nos persiguieran por ello. También pudimos expresar con libertad, a través del teatro, la escultura, la pintura o la arquitectura nuestros gustos estéticos y nuestra forma de percibir y amar la naturaleza.

Antes de vuestra era, el mundo griego y el helenismo habían alcanzado un nivel de conocimiento científico, médico y cultural que la humanidad no volvería a poseer hasta quince siglos después. Llegamos a tener ideas correctas sobre el universo, sobre nuestro planeta y sobre el hombre.

Los pitagóricos, desde el siglo V antes de nuestra era, Ecfanto e Hicetas de Siracusa, Eratóstenes de Cirene, Aristóteles, Estrabón y Aristarco de Samos, entre muchos otros, sabían que la tierra giraba entorno al sol y que su forma era esférica. Este último argumentaba el modelo heliocéntrico, por cuanto la tierra, por tener menor masa que el sol, debía girar en torno a él y no lo contrario. Arquímedes de Siracusa construyó un planetario, con el sol en el centro, movido por agua. Hiparco de Nicea descubrió la precesión de los equinoccios.

Eratóstenes midió la longitud de la circunferencia terrestre y elaboró un completo mapa de la Tierra. Su gran conocimiento del planeta le permitió considerar la posibilidad de llegar a la India partiendo de España. Posidonio de Apamea dividió el globo en cinco zonas y descubrió las regiones más propensas a terremotos.

Hidrófilo de Calcedonia descubrió el sistema nervioso y la anatomía del cerebro, practicó por primera vez disecciones sistemáticas en el cuerpo humano y descubrió la función de las arterias. Erasístrato de Lúlida también practicó disecciones e investigó la circulación de la sangre.

Los conocimientos adquiridos en física y mecánica permitieron a Arquímedes, Ctesibio, Bitón, Filón de Bizancio y Herón de Alejandría inventar catapultas por aire comprimido, relojes de agua, órganos hidráulicos, turbinas de vapor, taxímetros o niveles de agua portátiles.

Las ciudades del mundo helenista se construyeron sobre el modelo diseñado por Hipodamo de Mileto, que las disponía sobre un plano octogonal en cuadrículas adaptadas a las necesidades funcionales. Las zonas residenciales se estructuraban en torno a pórticos, ágoras, gimnasios, palestras, estadios, museos, bibliotecas y otros edificios públicos. Nuestros arquitectos combinaban la estructura arquitrabada griega con los arcos y bóvedas orientales. Ciudades como Pérgamo, construida sobre una cota de 335 metros de altura, en tres zonas comunicadas por escalinatas y terrazas adaptadas al entorno, maravillaban a sus visitantes. Teatros como el de Efeso tenían cabida para 24.500 espectadores. El faro de Alejandría se levantaba majestuoso sobre 134 metros de altura, estructurado, gracias a los conocimientos de geometría que nos legara el gran Euclides, en tres secciones de volumetría decreciente: una base cuadrangular, un cuerpo octogonal y una estructura circular superior.

Las principales ciudades poseyeron jardines botánicos y zoológicos con fines científicos, en los que, entre cosas, se estudiaban los procesos reproductivos de las distintas especies.

La pintura helenística destacó por su dominio de la perspectiva, la diversidad de temas abordados (mitología, historia, paisajes, retratos, bodegones) y el uso de distintos matices cromáticos.

La escultura cantó como ningún otro arte los sentimientos de los hombres y la magnificencia de los dioses.

Los filósofos de la Grecia clásica y grecorromana pudieron especular también libremente sobre la razón de ser del hombre y sobre su lugar en el cosmos, sobre su relación con los dioses y sobre el destino de su alma.

Obtuvimos todo este legado de conocimientos y técnicas gracias a la aplicación de una idea muy sencilla: toda verdad es relativa y susceptible de mejora o adaptación, ninguna verdad es absoluta ni eterna. Cada vez que surgía una nueva teoría, con capacidad para explicar mejor los fenómenos naturales, no teníamos problemas para adoptarla. Nunca esperamos que los libros religiosos

nos explicaran los fenómenos de la naturaleza, al fin y al cabo los dioses ya nos habían ayudado mucho otorgándonos la razón para investigarlos y entenderlos.

La libertad de pensamiento fue la base del progreso de nuestros conocimientos. La tolerancia hacia las ideas contrarias fue la mejor medicina para evitar empeñarnos en el error. Por eso, en las escuelas de filosofía, se enseñaba a disertar exponiendo y defendiendo las ideas de los opositores.

¡Que gran legado de ciencias y técnicas transmitimos a la humanidad y cual fue nuestro doloroso asombro al ver como la Iglesia lo destruyó, lo ocultó o lo distorsionó!

¿Cómo podía la humanidad creer, todavía diez siglos después del fin del mundo grecorromano, que la tierra era un disco plano rodeado por los mares, que era el centro del universo, que el sol giraba entorno a ella, que las enfermedades eran castigo de Dios por los pecados del enfermo, cómo podía ignorar todo de la dinámica de los cuerpos y de las leyes de la física, cómo se había perdido en el arte el sentido de la perspectiva y la capacidad para expresar los sentimientos humanos o la belleza de la naturaleza, cómo podía creer que los cocodrilos nacen del fango de los ríos, como podía vivir en ciudades construidas sin planificación alguna? ¿Qué había generado este enorme retroceso?

También a nosotros nos ocurrió lo mismo que a vosotras, las mujeres convertidas por la Iglesia en brujas; tuvimos que esforzarnos mucho para entender qué había ocurrido. Cuando lo logramos, comprendimos que la primera víctima había sido la libertad de pensar y de expresar el pensamiento.

Desde su origen la Iglesia católica despreció la ciencia y la sabiduría que el mundo calificado como pagano había aportado a la humanidad. Como dijo san Pablo, “La sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios”.

Los primeros padres de la Iglesia establecieron una total contradicción entre los antiguos conocimientos y la nueva visión del mundo que ofrecía la nueva religión. Ignacio, obispo de Antioquia, repudió todo contacto con la literatura pagana a la que calificó como “ignorancia” y “necedad” y a sus representantes como “más bien abogados de la muerte que de la verdad”. Para el obispo Teófilo de Antioquia (“A Autolico”) toda la filosofía y el arte, la mitología y la historiografía de los griegos son despreciables, contradictorios e inmorales, siendo preferibles, según él, los varones carentes de ciencia, pastores y gente inculta que protagonizan el antiguo testamento. Minucio Félix (“Octavius”) califica a Sócrates como “el ático loco” y descalifica a toda la filosofía como locura supersticiosa enemiga de la verdadera religión.

Los primeros modelos de virtudes cristianas fueron los ascetas egipcios, quienes como el primero de ellos, san Antonio, solían ser analfabetos. Antonio nació en Roma de una familia acomodada y se negó a aprender a leer y escribir, por motivos religiosos, puesto que, como justificaría en el siglo XX el jesuita Hertling, “¿para que toda esa educación mundana, cuando se es

cristiano? Lo necesario para la vida se oye en la Iglesia. Con eso hay bastante”.

Para el cristianismo triunfante (que no debéis confundir con el cristianismo original, el de la gnosis, el del amor al prójimo, que este destruyó), sus libros sagrados, el antiguo y el nuevo testamento, eran la verdad revelada, dictada por Dios para satisfacer todas las necesidades de información y de conocimiento de la humanidad. Sus verdades eran absolutas, inmodificables, eternas y comprendían todos los ámbitos del saber. Por eso ni los científicos, ni los filósofos, ni los intelectuales éramos ya necesarios y resultaba más conveniente destruirnos.

¿Para que hubiéramos podido ser útiles, nosotros, nuestros libros o nuestros conocimientos, si las escrituras y los dogmas que la Iglesia fue creando suministraban todas las verdades que la sociedad cristiana requería?

Pero veamos cuales eran las nuevas verdades con que la Iglesia, desde su llegada al poder a principios del siglo IV de nuestra era, pretendió erradicar la sabiduría del mundo antiguo.

Para la Iglesia católica Dios había creado el universo, nuestro planeta y todo lo que contiene de una sola vez y en la forma que conservarían hasta el final de los tiempos. El universo que nos rodea y los reinos vegetal y animal no tenían otro propósito que servir al hombre, el centro y objetivo de la creación. El sol debía por tanto girar entorno de la tierra, la sede del rey de la creación. Partiendo de las cronologías de los patriarcas, desde Adán, contenidas en el Génesis, llegaron además a la conclusión que la creación había tenido lugar en fechas bastante recientes, apenas algo más de cuatro mil años antes de Cristo. Por consiguiente, ni los seres vivientes, ni el universo y menos aún la especie humana podían haber experimentado cambios desde que Dios los creó. La obra del creador solo podía ser perfecta e inmutable, al igual que él mismo. El mal, la desgracia, solo podían existir como resultado de la desobediencia del hombre (inducido claro por la hembra).

Como resultado del pecado original, cometido por adán y Eva, los seres humanos nacen en pecado y solo la fe en Jesús, dios hecho hombre y sacrificado para expiar el pecado heredado de nuestros padres, así como la estricta obediencia de los dogmas y sacramentos instituidos por la Iglesia, pueden salvarnos del tormento eterno. Fuera de la Iglesia no existe posibilidad de salvación. Sólo la Iglesia católica es depositaria del gran “misterio” de la encarnación: Dios (el hijo) se había encarnado en Dios (el hombre) para aplacar la ira de Dios (el padre). ¡Cuan lejos se había llegado del cristianismo original, para el que Jesús (“el que salva”) era un ser puramente espiritual, revelador del conocimiento que permite al alma retornar a su verdadero origen, la unión con Dios en el pleroma!

Las enfermedades eran una prueba o un castigo de Dios o bien el resultado de la acción de los demonios, por lo que no se debía acudir a médicos para curarlas, sino a la oración, al exorcismo o a la acción milagrosa de las reliquias de los santos, que san Ambrosio popularizó desde principios del siglo IV. La

Iglesia y no la ciencia ofrecía también la única posibilidad de curación. San Gregorio nacienceno afirmaba que la medicina era inútil, proponiendo en cambio la imposición de las manos de un sacerdote consagrado, a diferencia de san Agustín quien recomendaba la imposición de los evangelios. Los huesos de santa Rosalía, conservados en Palermo, obraron también incontables curaciones, sumamente meritorias considerando que, según se descubrió más tarde, provenían de una cabra y no de la santa.

El reverso de la curación del cuerpo y de la salvación del alma, que la Iglesia ofrecía, era la condenación al fuego eterno, un concepto novedoso, alejado del hades griego o del sheol hebreo, donde las sombras de los muertos llevaban una vida aburrida, cierto, pero carente de sufrimiento. Los teólogos de la Iglesia invirtieron grandes esfuerzos por describir los tormentos del infierno y lo desagradable que era sufrirlos eternamente. San Agustín creó al efecto una ley matemática: la intensidad del calor se rige por la gravedad de los pecados. Curiosamente escribieron mucho menos sobre los goces del paraíso.

Para reforzar el miedo al infierno, san Agustín refinó estas creencias con el concepto de elección y predestinación, según el cual además de la fe y de la obediencia a la Iglesia se requiere, para obtener la salvación, una gracia especial que Dios en su bondad infinita solo otorga a unos pocos elegidos. ¿Que tan pocos? San Agustín los estimó en 153 (152 descontándolo a él), interpretando alegóricamente la pesca milagrosa relatada en el evangelio de Juan. Más tarde, otros sabios teólogos ampliaron generosamente esta cifra a uno de cada mil o diez mil creyentes.

Estas “verdades” aterraron a la humanidad y la sometieron al poder de la Iglesia. Existía, sin embargo, una barrera para su adopción. Toda la sabiduría del mundo grecorromano probaba que se trataba de verdaderos despropósitos. Por eso la cultura y sus representantes debíamos primero desaparecer. La Iglesia se abocó a esta tarea desde que obtuvo el poder para hacerlo.

La mayoría de vuestros historiadores han explicado el declive de la edad media por la caída del imperio romano y su reemplazo por los reinos bárbaros. Ello es completamente falso. El declive había empezado mucho antes, como resultado de la destrucción de la cultura que la Iglesia inició casi ciento cincuenta años antes del fin del Imperio.

Construir una cultura, como la que el mundo grecorromano alcanzó, exige siglos de esfuerzos de filósofos y científicos enamorados de la verdad y del progreso. Destruirla solo requiere quemar los libros y las bibliotecas, reducir la calidad de la enseñanza y prohibir los espectáculos por los que la cultura se populariza. Esto es lo que la Iglesia llevó a cabo con alegría, con diligencia y sin tardanza, tal y como más de cien años antes de llegar al poder ya Tertuliano de Cartago había anunciado.

“Qué espectáculo para nosotros será la próxima venida del Señor... Qué amplio espectáculo será el que allí se despliegue... ¡Como arderán, además, aquellos sabios filósofos en compañía de sus discípulos a quienes persuadieron de que Dios no se ocupa de nada, a quienes enseñaron que no tenemos alma o que

esta ya no retornará en absoluto al cuerpo o en todo caso no a su cuerpo anterior! ¡Qué será ver también a los poetas comparecer y temblar, contra toda previsión, ante el tribunal de Cristo y no ante el de Radamantis o Minos! Y los actores trágicos merecerán entonces que les prestemos atentamente oídos, a saber, para escuchar los lamentos por un infortunio que será el suyo propio. Será digno de contemplar a los comediantes aún más debilitados y reblandecidos por el fuego...Contemplar estas cosas así y regodearse en ellas es algo que ni pretores, ni cónsules ni cuestores, ni tampoco los sacerdotes de la idolatría te podrán brindar...Y no obstante, todas estas cosas las tenemos presentes en nuestro espíritu y, en cierta medida, nosotros las contemplamos ya gracias a la fe”.

El siglo IV conoció una quema generalizada de libros, algunos junto con sus autores. Ningún ámbito del saber antiguo escapó al holocausto. Bibliotecas enteras fueron arrasadas por el fuego. La mayor biblioteca de la antigüedad, después del incendio del museo de Alejandría, había sido la del templo de Serapis (el Serapeo), incendiada por el patriarca Teófilo en el 391, quién destruyó personalmente, hacha en mano, la estatua del dios, labrada por el gran artista ateniense Briaxys. El emperador católico Joviano había ya quemado en el 364 la gran biblioteca de Antioquia. La totalidad de la literatura no católica que aún quedaba fue destruida por el emperador Teodosio II entre fines del siglo IV y comienzos del V; este emperador decretó la pena de muerte en el año 398 para quienes poseyeran libros “herejes”.

Junto con los libros que contenían la antigua cultura, fueron destruidos con especial saña los libros con los que algunos defensores del mundo antiguo habían intentado combatir las creencias del catolicismo triunfante. Constantino, por solicitud del concilio de Nicea, ordenó en el 325 quemar los quince libros de la obra “Contra los cristianos” de Porfirio y Teodosio II en el 418 ordenó nuevamente la quema de algunos ejemplares que se habían salvado de la quema anterior. El mismo destino tuvieron los libros de Celso (“La doctrina verdadera”), escritos con idéntico propósito, y “Contra los galileos” del emperador Juliano. Los tres autores denunciaban los numerosos plagios de la cultura antigua contenidos en los libros de la nueva religión, sus inconsistencias, sus frecuentes reelaboraciones, su escaso valor moral y las formas poco honestas con las que la nueva Iglesia atraía principalmente a gente ignorante.

La educación fue la siguiente víctima. El mundo grecorromano había desarrollado sistemas de enseñanza que incluían en forma general, la retórica, la filosofía, la literatura clásica, la música y ejercicios gimnásticos. Sólo la medicina y la jurisprudencia eran objeto de una enseñanza separada. El objetivo básico de la enseñanza era el logro de la virtud política, la rectitud en la vida, la preciada “arete”. Los emperadores romanos siempre habían favorecido la creación de escuelas superiores y la cultura era objeto de una veneración sin límite en todo el Imperio.

Al llegar al poder, la Iglesia católica mostró un total desinterés e incluso desprecio por este sistema de enseñanza, por cuanto para ella la única educación válida era la que preparaba para el más allá. La Iglesia consideraba

incluso la ignorancia como una virtud necesaria para ser un buen cristiano. Todo tipo de conocimiento distinto del religioso era despreciable. Eusebio de Cesarea atacaba a los herejes por cuanto “despreciando las Sagradas escrituras de Dios se ocupaban con la geometría, pues son hombres terrenales, hablan terrenalmente y no conocen a Aquél que viene de los alto, estudian afanosamente la geometría de Euclides, admiran a Aristóteles y a Teofrasto, algunos de ellos rinden incluso auténtico culto a Galeno”.

Las ciencias naturales y la Historia fueron totalmente excluidas de la enseñanza por la Iglesia y no fueron incluidas de nuevo en la enseñanza hasta la Edad moderna. En occidente las escuelas públicas fueron desapareciendo desde el siglo IV, la enseñanza del griego se extingue, el acceso a la lectura pasa por el aprendizaje del latín, reservado al clero, que desde entonces monopoliza la cultura y la enseñanza. Los profesores se convierten desde el siglo IV en verdaderos parias de la sociedad. Libanio, gran amigo del emperador Juliano y profesor durante muchos años comenta, refiriéndose al desprestigio de su profesión “Ellos ven (los alumnos) que esta causa es despreciada y tirada por los suelos; que no aporta ya fama, poder o riqueza y sí una penosa servidumbre...cuando ven todo esto evitan esta penosa profesión como un barco los escollos”.

La cultura grecorromana encontró un poderoso vehículo de difusión en el teatro, por eso uno de los primeros propósitos de la Iglesia triunfante fue precisamente la clausura de todo tipo de representación escénica. Ya a fines del siglo II e inicio del III, Clemente de Alejandría y Tertuliano consideraron la asistencia a espectáculos incompatible con el cristianismo. Los concilios III y IV de Cartago los prohibió so pena de excomunión. El concilio de Elvira en España en el siglo IV prohibió incluso el matrimonio de cristianos con actores de teatro. Si un actor deseaba adoptar el cristianismo debía abandonar su profesión. Los juegos olímpicos, que tanto habían contribuido a la unión del mundo griego, fueron prohibidos en el año 393 y el teatro fue paulatinamente extinguiéndose, a falta de actores y de espectadores.

El odio contra la ciencia y la cultura alcanzó también a los filósofos que representaban el mundo antiguo. La filósofa Hipatia, hija del último director del museo de Alejandría y reconocida en todo el mundo, fue arrastrada a una iglesia, despedaza con trozos de cristal y quemada por los monjes de san Cirilo en el 415, anunciando el triste destino que muchos científicos, intelectuales y amantes de la verdad iban a encontrar durante los doce siglos siguientes.

Todo lo que os hemos relatado sucedió antes del fin del Imperio romano, cuando Odoacro depuso al último emperador en el año 473. Los pueblos germánicos llamados “bárbaros” no pudieron destruir la cultura grecorromana, la Iglesia lo había hecho ya mucho antes de su llegada. La edad media había empezado en realidad desde que Constantino adoptó el cristianismo como religión oficial del Imperio.

La edad media, sobretudo en su primera parte, que algunos historiadores llaman también la edad de las tinieblas, desde el siglo V al siglo X, se caracterizó por el enorme poder que la Iglesia católica ejerció en todos los

ámbitos de la vida, tanto civil como religiosa. En realidad, tanto el Imperio bizantino durante sus mil años de existencia, como el mundo occidental durante la edad de las tinieblas, pueden calificarse como teocracias. En ambos casos los reyes o emperadores ejercieron funciones sacerdotales y semidivinas, en simbiosis con las respectivas Iglesias, bizantina y católica.

La Iglesia tuvo un poder sin disputa en las áreas de la justicia, la educación y la fiscalidad y ejerció un papel preponderante en la administración pública.

Los pueblos germánicos que sucedieron al Imperio romano poseían historias y sistemas jurídicos transmitidos oralmente. La Iglesia los puso por escrito por primera vez, imprimiéndoles un carácter cristiano. La lengua escrita impuesta a todos los pueblos en occidente fue el latín, generándose así el predominio de la Iglesia en todas las áreas de la cultura, el derecho (canónico y secular, eran inseparables) y la administración.

Los sínodos episcopales o concilios fueron los primeros instrumentos legislativos de los pueblos europeos. En ellos, bajo la dirección de la Iglesia, participaban funcionarios seculares y eclesiásticos y su ámbito de acción se extendía a todo tipo de asuntos, de la vida civil y religiosa. Más tarde, a partir del siglo XI el derecho canónico, elaborado en Roma y aplicado universalmente, legisló sobre todos los aspectos de la vida cotidiana: la administración de los sacramentos y demás facetas propiamente religiosas, los derechos, los deberes, los pagos, el vestido, la educación, los delitos, los castigos, los testamentos, los cementerios, los entierros, el matrimonio, la herencia, la legitimidad, el sexo y la moral.

Los registros oficiales de los diversos reinos eran recopilados por eclesiásticos y guardados en los archivos de abadías o catedrales.

La Iglesia creó en su provecho un vasto sistema fiscal que incluía diezmos, gravámenes funerarios (hasta un tercio de los bienes en el caso de los ricos y la cama del muerto en el caso de los pobres), impuestos sobre los matrimonios, penitencias excesivas que podían canjearse por dinero y rentas de sus propiedades agrícolas, entre otros aportes. Durante la edad media la Iglesia de Francia y Alemania llegó a poseer entre un tercio y la mitad de toda la propiedad raíz, mientras que en Inglaterra el clero que representaba uno por ciento de la población recibía la cuarta parte del producto bruto nacional. La posesión y venta de reliquias fue también una importante fuente de ingresos. En el siglo XIII la basílica Lateranense en Roma poseía la siguiente colección de reliquias: las cabezas de Pedro y de Pablo, el arca de la alianza, las tablas de Moisés, la vara de Aarón, una urna de maná, la túnica de la virgen, el cilicio de Juan Bautista, cinco panes y dos peces tomados de la comida de los cinco mil y la mesa usada durante la última cena. ¡Que fuente de riqueza y de poder!

Una de las áreas de la vida social en donde el control de la Iglesia siguió siendo especialmente importante fue el de la educación. La posición no había variado desde el fin del Imperio: en el año 600 el papa Gregorio el Grande consideraba una grave iniquidad y ocupación blasfema, tal y como afirmó al obispo Desiderio de Vienne, enseñar gramática y literatura clásicas, por cuanto

la misma boca “no podía cantar las alabanzas de Júpiter y las alabanzas de Cristo”. Quizá por eso este papa, considerado el patrón de las personas cultas, mandó quemar la biblioteca imperial del Palatino así como la del Capitolio, completando la tarea iniciada por Cirilo doscientos años antes.

Al extinguirse el Imperio romano se extinguió también, en occidente, lo poco que quedaba del sistema público de educación, de forma que la Iglesia se convirtió, a través de sus monasterios, abadías y catedrales primero y a través de las universidades creadas por ella más tarde, en el único instrumento de transmisión de la cultura.

Los buenos monjes y sacerdotes encargados de estas tareas creían firmemente que su labor no consistía en descubrir cosas nuevas sino en copiar y difundir las sagradas escrituras y otros materiales eclesiásticos, necesarios para enseñar su correcta interpretación y para difundir los dogmas creados en Roma. El trabajo de los “scriptoria” en los monasterios estaba centrado en copiar principalmente a los “padres”, principalmente Ambrosio, Agustín, Jerónimo y Gregorio el Grande; las biblias y vidas de los santos, las obras para la liturgia (leccionarios, evangelarios, misales, libros de cantos); salterios; martirologios; pontificaciones (libros referentes a las funciones del obispo) y penitenciales. Apenas uno de cada cien manuscritos copiados en esta época correspondía a temas que no fuesen directamente cristianos.

Algo del saber antiguo había sido salvado por Boecio, un goda arriano quién alcanzó a traducir al latín en el siglo VI algunos libros de Platón y Aristóteles, antes de perecer víctima de una persecución católica. Desgraciadamente estos documentos fueron entregados al obispo Leandro de Sevilla, amigo del papa Gregorio el Grande y fueron difundidos por su sucesor, Isidoro de Sevilla en sus Etimologías, las cuales se convirtieron en el fundamento de la enseñanza en occidente durante ochocientos años.

No podéis imaginar cómo sufrimos al ver como las enseñanzas de nuestros grandes filósofos servían de base a despropósitos tan enormes como los contenidos en las Etimologías de san Isidoro. Fémina procedería de fe y minus o sea menor por la fe; ave de a y vía o sea sin vía; medicina de medida, “ por la moderación, a fin de no presentarse como relacionada con la satisfacción, sino con la paulatinidad”; Eva significaría vida y calamidad, “vida porque fue el origen del nacer y calamidad porque por la prevaricación vino la causa de la muerte, que de caer vino el nombre de calamidad”; los arcángeles “se interpretan en lengua griega como los más altos nuncios, pues los que anuncian cosas pequeñas o muy pequeñas, se llaman ángeles, pero los que anuncian las cosas más grandes, arcángeles”.

En la segunda parte de la edad media, a partir del siglo XII, el mundo occidental, gracias al contacto con el mundo musulmán que permitieron las cruzadas en oriente y en España, tuvo acceso directo, en versiones originales, al saber de la antigüedad preservado por judíos y musulmanes y poco a poco se fue gestando la rebelión intelectual contra el sistema de creencias cerrado impuesto por la Iglesia, que los historiadores conocen como Renacimiento.

La recuperación del saber antiguo permitió conocer que la realidad no es inmutable como afirmaba la Iglesia, sino que tanto el universo, como nuestro planeta y todo lo que contiene experimentan, desde su origen, procesos evolutivos y transformaciones continuas.

Copérnico y Galileo Galilei en los siglos XVI y XVII demostraron que la tierra no es el centro del universo, sino un planeta más que gira alrededor del sol. Giordano Bruno sacó las conclusiones de los nuevos conocimientos: describió al universo como un sistema infinito en el que las estrellas son soles, centros de mundos infinitos y en el que la vida se recrea y expande en un proceso sin fin. Galileo fue obligado a retractarse y terminó sus últimos años preso y privado de escribir, Bruno fue quemado vivo y la obra de Copérnico póstumamente repudiada.

La gran batalla, sin embargo, había comenzado. Por primera vez en mucho tiempo, los científicos nos atrevíamos a proponer teorías explicativas de los fenómenos naturales a partir de la observación de la naturaleza y no de la lectura las escrituras. Para el pensamiento de la Iglesia, recopilado en las Summas de santo Tomás, esto era inconcebible. La observación jamás podía tener un valor semejante a la autoridad de las escrituras. El sol no podía tener manchas, por mucho que ellas pudieran observarse en el telescopio de Galileo, por cuanto ello supondría admitir defectos en la obra del creador. La tierra tampoco podía girar en torno al sol porque las escrituras afirmaban que Josué ordenó al sol de dejar de girar y no a la tierra. Si había infinitos mundos, como afirmaba Giordano Bruno, ¿donde quedaba la supremacía del hombre en la creación afirmada por las escrituras? Las obras que afirman que la tierra gira fueron incluidas en el Índice de libros prohibidos por la Iglesia hasta 1835.

Más insólito todavía para la Iglesia fue que otros científicos osaran nuevamente, tal y como ocurría en la antigüedad, proceder a la disección de cadáveres para investigar la anatomía del cuerpo humano y desarrollar una medicina basada en la investigación. Durante mucho tiempo la humanidad, a instigación de la Iglesia, confió la curación de las enfermedades a la oración y al contacto con reliquias de santos (quizá el comercio más lucrativo durante la edad media). Todavía en 1680, cuando una epidemia de peste se expandió en Roma, la Iglesia determinó que la causa era la negligencia en que se había tenido el culto de san Sebastián, por lo que la mejor forma de combatirla era erigir un monumento al santo. En la segunda mitad del siglo XVI el papa Pío V prohibió que se llamara al médico sin haberlo hecho antes al sacerdote y excluyó de los cuidados de la medicina a quienes no se hubieran confesado previamente. Los cadáveres no podían además manipularse por cuanto al hacerlo podía dañarse un misterioso hueso necesario para la reconstrucción del cuerpo en la resurrección y por cuanto la Iglesia aborrecía el derramamiento de sangre (excepto, claro está, la de los herejes que ella ajusticiaba). Si además de investigar con cadáveres humanos se dudaba de la santísima trinidad, la muerte en la hoguera era inevitable, tal y como Miguel Servet descubriría en 1553. Más suerte tuvo Vesalio, el médico de Carlos V, acusado por la Inquisición por practicar la disección del cadáver de un grande de España, quién evitó la hoguera gracias a la intervención del emperador y fue condenado solo a peregrinar a tierra santa.

En 1749 Buffon publicó su “Historia natural”, en la que demostró que la morfología de la tierra estaba sujeta a lentas pero continuas transformaciones, debidas a “causas secundarias” (es decir distintas del “fiat” del creador), por lo que fue obligado por la Sorbona a retractarse: “yo abandono todo lo que, en mi libro, concierne la formación de la tierra y, en general, todo lo que pueda ser contrario a la narración de Moisés”.

Mejor que a Buffón le fue a Laplace, quién explicó en 1796, en su “Exposición del sistema del mundo” la forma en que las nebulosas difusas, al origen del universo, se habían contraído progresivamente y habían empezado a girar con velocidad creciente sobre ellas mismas, de forma que la fuerza centrífuga había separado las masas que se convertirían en los planetas. Tuvo suerte de ser contemporáneo de la revolución francesa, lo que le valió escapar a la Inquisición.

Pero batalla principal fue sin duda la que Darwin inició en 1859 con su obra “El origen de la especies” y continuó en 1871 con su obra “El origen del hombre”.

Para la Iglesia, el hombre y todas las especies animales y vegetales habían sido creadas en seis días y no habían experimentado cambios ulteriormente, pues ello supondría desconocer la perfección desde el inicio de la obra del creador y cuestionar la progenitura de Adán y Eva y el pecado original. El hombre había sido creado con su naturaleza actual, hecha a “semejanza de Dios” y las especies animales habían sido creadas para servirle. Darwin osaba afirmar que el hombre procedía de los animales inferiores y que su naturaleza no autorizaba situarlo en un orden distinto del reino animal. Todas las especies, incluido el hombre, habían evolucionado a través de largos periodos, mediante procesos de lucha por la existencia, selección natural y supervivencia de los más aptos. Las pruebas estaban a la vista: poco a poco se fueron descubriendo restos de los ancestros menos evolucionados del hombre y se pudieron establecer los caminos de la evolución hasta llegar a la especie actual de homo sapiens sapiens.

La reacción de la Iglesia fue nuevamente contundente: en 1860, durante un foro celebrado en la Asociación Británica de Ciencias, el obispo Wilberforce afirmó que “el principio de la selección natural es absolutamente incompatible con la palabra de Dios”, estableciendo así una oposición a la creación entendida como un proceso evolutivo, que la Iglesia mantuvo desde entonces.

En el siglo XX un sacerdote católico, el padre Teilhard de Chardin, trató vanamente de reconciliar el pensamiento cristiano con la realidad de la evolución del universo, del mundo y de lo que contiene. Con enorme valor, osó afirmar que “la creación no puede efectuarse más que de acuerdo con un proceso evolutivo” y que “Dios no puede crear si no lo hace evolutivamente”. La época de las hogueras había ya pasado, las autoridades seculares no se prestaban ya a colaborar con la Iglesia en este macabro propósito, por eso el buen padre solo fue castigado con la prohibición de enseñar y escribir.

La época de las hogueras había pasado gracias a la separación de poderes entre la Iglesia y el Estado, pero la voluntad de anular el libre pensamiento y el progreso de los conocimientos seguía vivo. En el año 496, mediante el “decreto Gelasiano”, la Iglesia creó el “Índice de libros prohibidos”, el cual fue revisado con frecuencia, hasta la última revisión en 1948. Aunque la Iglesia proclamó en 1966 su decisión de no publicar más ediciones, mantiene su derecho de prevenir a los fieles sobre que material deben evitar. En el año 2005 ediciones enteras del libro “Mujeres en el altar” de la teóloga británica Lavinia Byrne fueron destruidas por orden del Vaticano, porque defendían la ordenación de las mujeres. Prácticamente todos los fundadores de la ciencia y del pensamiento moderno estuvieron en el Índice: Copérnico, Galileo, Descartes, Pascal, Bayle, Malebranche, Spinoza, Hobbes, Locke, Hume, Kant, Rousseau, Voltaire, John Stuart Mill, Comte, Gibbon, Condorcet, Ranke, Taine, Diderot, d’Alambert, Grotius, Montesquieu, Hugo, Lamartine, Dumas padre e hijo, Balzac, Flauvert, Zola, Sartre, Simone de Beauvoir, Malaparte, Kazantzakis...

El corolario de esta breve historia es que la Iglesia católica no podrá nunca aceptar el progreso ni espiritual ni material de la humanidad. Su dominio se estableció mediante el miedo, miedo al pecado, miedo al demonio, miedo a las brujas, miedo a la ira de Dios, miedo a la condenación eterna. Su sistema de verdades eternas, deducidas de las escrituras (única fuente de conocimiento) se creó para sustentar el miedo y para mantener a la sociedad en la ignorancia.

Sin embargo nosotros, los amantes de la verdad, los que creemos que el verdadero Dios no necesita de las mentiras de nadie y que en su bondad infinita no creó al hombre para someterlo a tormentos eternos, nunca abandonaremos nuestra lucha. Seguiremos creyendo, hasta el final de la Historia, como dijo uno de nosotros, el gran filósofo Bertrand Russell, que la ciencia puede ayudarnos a “dirigir nuestra vista a los propios esfuerzos aquí abajo para hacer de este mundo un lugar apropiado para vivir en él, en vez de un lugar del género en que lo convirtieron las Iglesias durante todos estos siglos”. También creemos, como pensaba el padre Teilhard de Chardin, que de esta forma contribuimos a la obra creadora evolutiva de Dios.

El progreso de la humanidad solo ha sido posible gracias al esfuerzo de los seres humanos por entender el mundo que les rodea, mediante la comprensión de las leyes que guían su evolución constante. Comprender el mundo es la mejor forma de reducir el sufrimiento y el miedo. Este esfuerzo no podía realizarse por consiguiente sin la oposición de la Iglesia católica, que siempre se ha nutrido de ellos.

Este mundo no fue diseñado por su creador para convertirse en un “valle de lágrimas” sino en un valle de alegría. Nuestra lucha no ha tenido otro propósito que recuperar el sentido verdadero de la creación.

## **6 EPÍLOGO: LA IGLESIA CATÓLICA Y LOS DERECHOS HUMANOS**

Lo que los judíos, los herejes, las “brujas” y los librepensadores nos han relatado no agota el tema de los pecados del Vaticano. El combate de la Iglesia

contra los métodos de prevención del Sida o el encubrimiento de los abusos sexuales del clero merecerían capítulo aparte. Quizá el pecado reciente más grave sea, sin embargo, el poner una institución religiosa al servicio de unos fines políticos personales, tal y como ocurrió en el pontificado anterior, cuando la Iglesia del papa polaco no tuvo reparos para aliarse con la mafia para blanquear su dinero a través de su sistema bancario y destinar las comisiones recibidas por ello a financiar dictaduras reputadas por sus violaciones de los derechos humanos.

Lo que este breve e incompleto recuento de pecados vaticanos trata de enfatizar es que estos pecados están inscritos en la doctrina y en el pensamiento de sus padres fundadores. Más todavía, podemos afirmar sin duda alguna que dicha doctrina y dicho pensamiento violan los derechos fundamentales del hombre, tal y como son hoy día reconocidos en la gran mayoría de las constituciones políticas.

A la luz de las citas de san Pablo y de san Agustín que acabamos de escuchar, resulta evidente que ambos santos violan con sus doctrinas los siguientes derechos: el derecho a la igualdad de género y de raza, el derecho a la libertad de opinión, el derecho a la libertad de conciencia y el derecho a la libertad religiosa. En el caso de san Agustín, cuya doctrina justificó las torturas contra sus opositores cabe agregar el derecho a la vida, al buen nombre, a la honra y al debido proceso pues todos ellos fueron violados con su apoyo durante las persecuciones contra los donatistas. Lo mismo podría afirmarse de buena parte de los padres y santos de la Iglesia, reverenciados todavía en la actualidad por haber perseguido, torturado y a menudo exterminado a seres humanos.

La civilización occidental no puede fijarse valores morales como los contenidos en los diversos enunciados de derechos fundamentales del hombre sin revisar paralelamente las raíces de sus creencias religiosas. Es cada vez más evidente que la Iglesia católica es incapaz de dar un trato igual a hombres y mujeres y que éstas seguirán eternamente excluidas del sacerdocio, que entre el preservativo y el Sida seguirá escogiendo el Sida o que los escándalos por abusos sexuales del clero seguirán siendo encubiertos por todos los medios (como es sabido el papa actual tiene todavía pendiente un proceso en su contra por este delito en la corte de justicia de Harris, Texas). La Iglesia no puede reformarse sencillamente porque su doctrina no se lo permite y porque los intereses de la institución prevalecen sobre los principios morales e incluso sobre el respeto de los derechos fundamentales.

03/08/2006

## ANEXO

### BIBLIOGRAFÍA SOBRE CRÍMENES Y FRAUDES DEL CRISTIANISMO

- Karlheinz Deschner: Historia criminal del cristianismo, Martínez Roca, Barcelona, volúmenes 1-6, 1990-1994
- Eric Frattini: la Santa alianza, cinco siglos de espionaje vaticano, Espasa Calpe, Madrid, 2004
- John Cornwell: El papa de Hitler, la verdadera historia de Pío XII, Planeta, Barcelona, 2002
- Daniel Jonah Goldhagen: La Iglesia católica y el holocausto, una deuda pendiente, Santillana, Madrid, 2003
- Guy Bechtel: Las cuatro mujeres de Dios, la puta, la bruja, la santa y la tonta, Vergara, Barcelona, 2001
- Natale Bennazi y Matteo D'Amico: El libro negro de la inquisición, Intermedio, Bogotá, 2004
- Fernando de Orbaneja: Lo que oculta la Iglesia, Espasa Calpe, Barcelona, 2002
- Jacopo Fo y Laura Malucelli: Y Jesús amaba a la mujer, Intermedio, Bogotá, 2003
- Pepe Rodríguez: Mentiras fundamentales de la Iglesia católica, Vergara, Barcelona, 1997
- Anne Brenon: la verdadera historia de los cátaros, Martínez Roca, Barcelona, 1997
- Raoul Vaneigem: La resistance au christianisme, Fayard, Paris, 1993
- Paul Johnson : La historia de los judíos, Vergara, Barcelona, 2003
- Hans Küng: La Iglesia católica, Mondadori, Barcelona, 2002
- Juliano Augusto: Contra los galileos, cartas, testimonios y leyes (biblioteca clásica Gredos)

